

BOLSILIBROS

POLICIACA

SERIE

LA HUELLA

Lou CARRIGAN

EL PAJARO REPUGNANTE



A las cinco en punto de la tarde del día dos de mayo de mil novecientos setenta y cuatro, Dodó se sentaba ante una de las mesitas de mármol del famoso Café de Flore, en el Boulevard St. Germain de París.

—¿*Monsieur*? —indagó el camarero que acudió.

—Biére.

El camarero fue en busca de la cerveza y Dodó encendió un cigarrillo. De buena gana habría pedido coñac, pero hacía tanto tiempo que no probaba el bueno que decidió que bien podría esperar un poco más, a ver qué ocurría. Desde luego, hay gente idiota. Por lo menos, así pensaba Dodó mientras esperaba la cerveza.



Lou Carrigan

El pájaro repugnante

Bolsilibros: La Huella - 9

ePub r1.0

xico_weno 28.11.17

Título original: *El pájaro repugnante*
Lou Carrigan, 1981

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





**COLECCION
LA HUELLA**



CAPÍTULO PRIMERO

A las cinco en punto de la tarde del día dos de mayo de mil novecientos setenta y cuatro, Dodó se sentaba ante una de las mesitas de mármol del famoso Café de Flore, en el Boulevard St. Germain de París.

—¿*Monsieur*? —indagó el camarero que acudió.

—Biére.

El camarero fue en busca de la cerveza y Dodó encendió un cigarrillo. De buena gana habría pedido coñac, pero hacia tanto tiempo que no probaba el bueno que decidió que bien podría esperar un poco más, a ver qué ocurría.

Desde luego, hay gente idiota. Por lo menos, así pensaba Dodó mientras esperaba la cerveza. Y para convencerse de ello, sacó la nota que había encontrado dentro de un sobre junto con cinco billetes de mil francos, al regresar a su mugriento apartamento la noche anterior. Sí, señor, algún idiota había enviado el sobre por debajo de la puerta durante su ausencia.

Porque sólo un idiota se expresaría en esos términos contenidos en la nota: «Este dinero es sólo un anticipo. Si quiere ganar \$ 100.000 (cien mil dólares USA), acuda el día 2 de mayo a las cinco de la tarde al Café de Flore».

Sí, señor. Escribir una nota semejante es propio de un retrasado mental. Los términos correctos, según el modo de pensar de Dodó, habrían sido:

«Oye, macho: tengo cien mil USAS para ti. Así que te espero mañana a las 17 en el Café de Flore».

Porque, señor mío..., ¿a quién no interesa ganar cien mil dólares, vamos, a ver? Sobre todo si lleva un montón de tiempo comiendo sopas baratas y vino de tres francos la botella... ¡Puerca vida!

—Biére, *monsieur*.

El camarero dejó la jarra sobre la mesita, junto con el *ticket* de la consumición. Dodó hizo una seña para que esperase, sacó un rollo de billetes de mil, cien y otros más pequeños, y alargó uno de diez al camarero.

—Ça va.

—Merci, *monsieur*.

Ciertamente, dar el cien por ciento de propina era un poco exagerado, pero, a fin de cuentas, Dodó se sentía satisfecho. Había comido como un buitre que se encuentra con una vaca recién muerta en el desierto, había dormido una buena siesta y todavía le quedaban un buen montón de francos. Eso, y la perspectiva de ganar cien mil dólares, era más que suficiente para provocar el buen humor de Dodó, que hacía tiempo que las estaba pasando negras.

Claro que la culpa era de él mismo; es decir, de su maldito orgullo. Pero ¿qué es un hombre sin orgullo, sin amor propio, sin dignidad? Pues es una piltrafa, claro.

Aunque quien más piltrafa parecía allí era el propio Dodó. Desde luego, era alto, atlético, más bien impresionante. Pero sus pantalones, su jersey y sus zapatillas de lona requerían ya la incineración y, en cuanto a su aspecto, resultaba más bien el de un indeseable. Hacía más de medio año que no se cortaba sus rubias greñas, un par de semanas que no se afeitaba y, para colmo, se le había terminado la pasta dentífrica días atrás, de modo que, como no tenía hasta entonces ni un cochino franco, no había podido reponerla.

—Buenas tardes.

Dodó alzó la pensativa mirada y sus ojos azul-gris, muy claros, parecieron taladrar a la muchacha que, de pie ante él, le miraba con una extraña expresión; tan extraña, que Dodó no supo definirla.

—¡Hola! —musitó Dodó.

—¿Puedo sentarme? —inquirió ella.

—Si tiene culo, sí.

La muchacha enrojeció bruscamente, intensamente; Bajó la mirada y se mordió los labios..., mientras Dodó le contemplaba divertido, con aquella chispita de fuego diabólico en sus ojos claros. Desde luego, había que admitirlo, era todo un bombón, con sus

largos cabellos cobrizos, sus ojos color miel, su boquita que parecía hecha de pétalos de rosa, y una figura absolutamente sensacional. Debía tener entré veinte y veinticuatro años, que encajaban muy bien con los treinta de Dodó.

—Me estás privando del sol —dijo Dodó.

Ella le miró fugazmente, acercó una silla y se sentó delante del desaliñado Dodó, que, por supuesto, no sé molestó en poner de manifiesto la más leve señal de cortesía. Se limitó a alzar la jarra de cerveza y beber un trago. Luego preguntó:

—¿Usted tiene algo que ver con ciertos cinco mil francos y una nota?

—Sí, sí, señor.

—Entonces, ¿quiere tomar algo?

—Bueno. Crema de menta.

Dodó la miró atónito. Luego, puso cara de asco. Pero llamó al camarero, le pidió la crema de menta para *mademoiselle*, y de nuevo se quedó mirando fijamente a la muchacha. Vaya que sí: era un bombón magnífico, algo sensacional... Vamos, increíblemente bonita, *tout c'est*

—¿Cómo se llama usted?

—Juliette Beauchamp.

—Pues dan ganas de revolcarse sobre usted —la muchacha volvió a enrojecer, y Dodó sonrió, implacablemente—. Lo digo por lo de Bellocampo, en el que se supone que hay un mullido césped.

—Yo..., yo no tengo césped: Beauchamp es sólo mi apellido.

—¿Qué me dice? Bueno, de todos modos, es más bonito que el mío. Por cierto, ¿sabe usted, cuál es mi apellido?

—Sí, señor. Lo sé casi todo sobre usted.

Dodó le dirigió una fría mirada, entornados los párpados.

—¿Y cómo es posible, señorita Beauchamp?

—Hace tiempo que... me intereso por usted, y le estuve... estudiando. Bueno, incluso conseguí ciertos informes que no son fáciles de obtener sobre personas de su profesión —prosiguió Juliette.

Dodó se pasó una mano por las barbudas mejillas, siempre fija su fría mirada en Juliette Beauchamp.

—¿Sabe cuál es mi profesión? —susurró.

—Sí señor... Perdona... ¿cómo debo llamarlo?

—¿No dice que sabe mi nombre y otras muchas cosas de mí?

—Sí pero quizá usted prefiera que no lo mencione en ningún momento.

—Me deja usted patitieso. Juliette. ¡Una mujer que es discreta...! Pasmoso. Llámeme Dodó.

—¿Dodó?

—Sí. ¿No le gusta?

—Pues... Bueno, me parece que ése es el nombré de un ave... repugnante que...

—Exacto. Es el nombre vulgar del *didus ineptus*. Y, sea sincera, ¿no le parezco yo altamente repugnante?

—No, señor.

—¿No le parezco repugnante?

—No.

—En ese caso, usted tiene que ser la persona que me escribió la nota. ¿Sí?

—Sí, en efecto, pero ¿por qué dice usted que yo debo de ser la persona?

—Pues porque sólo un idiota no me encontraría repugnante.

—¿Me... está llamando... idiota?

El camarero llegó con la crema de menta, qué Dodó pagó, sin dejar de mirar con cierta conmisericordia a Juliette Beauchamp. Cuando el camarero se retiró, Dodó dijo:

—Lo cierto es que yo no soy idiota, así que al grano: ¿qué tengo que hacer yo para ganar cien mil dólares?

—Quisiera decirle antes una cosa, señor Dodó.

—Tengo las orejas sucias, pero todavía oigo.

—Su grosería no está muy de acuerdo con su personalidad, con su historial, así que..., ¿no podría prescindir de ella?

—Escucha, Juliette, la única, persona que decide sobre mi comportamiento soy yo mismo, ¿está claro? Conque saca del buche lo que tengas, y veré si puedo digerirlo. Naturalmente, quiero esos machacantes. ¿Qué tengo que hacer para poder besarlos?

Juliette bebió un sorbito de menta, con tan graciosísimo gesto de su sonrosada boquita, que, de pronto, Dodó se sintió aún más sucio, asqueroso y repugnante que antes, por comparación. Sí, era

como comparar una boñiga con una flor. Y ciertamente, él era la boñiga. Eso empeoró su mal humor.

—Tiene que matar a una persona, Dodó.

—La verdad es que, por cien mil pavos, no creí que me encargases que fuese a ordeñar una vaca... Y a propósito de vacas, ¿sabes el chiste de la vaca y del ratoncito?

—No..., creo que no...

—Pues, verás, va un ratoncito por el campo, y de pronto se encuentra con una vaca; la vaca mira con reproche al ratoncito, y le dice; ¿no te da vergüenza tan pequeño, y llevar bigote? Y el ratoncito le contesta: ¿y a ti no te da vergüenza, tan grande, y no llevar sujetadores? ¡Impúdica!

Juliette Beauchamp parpadeó. Luego, se permitió una sonrisa y dijo:

—Es un chiste gracioso.

—Los chistes tienen que ser graciosos —gruñó Dodó—, si no pues no son chistes. Te diré otra cosa, Bellocampo: no vuelvas a sonreír.

—¿Por qué? —se sorprendió Juliette.

—Porque me haces sentir muy mal. Me siento como una mofeta que le resulta simpática a una niña.

—Las mofetas huelen mal, y usted no huele mal.

—Si acercas tu naricita a mi sobaco, cambiarás de opinión. ¿A quién, dónde, cuándo y cómo tengo que matar?

—A un árabe, en Niza, dentro de dos o tres días, y... como usted pueda, señor Dodó.

—Entiendo. ¿Y cuándo cobraré? ¿Antes o después del sepelio?

—Después. Pero la cosa no es tan simple.

—¡Ah...! Vaya; ¿te parece simple matar a una persona?

—Para usted, sí. Por eso, antes tendrá que intentar otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Robar una maleta de un tren.

—Un momento, tía buena, un momento... Yo puedo ser un pájaro repugnante y maloliente; si quieres, incluso puedo ser un asesino... Pero no pienso convertirme en un ratero.

—¿Ni por cien mil dólares?

—Ni por cien millones de dólares. Tengo mis principios. Y te diré que para ser un ratero, un robamaletas, no necesito salir de

París, que está lleno de oportunidades. Así que la maleta la va a robar tu abuela.

—Quizá cambiaría de opinión si supiera lo que contiene la maleta, señor Dodó.

—¿Qué contiene? ¿Ropa interior de señora?

—No. Contiene cien millones de dólares.

—¿Es una broma?

—No. Le aseguro que ese dinero existe.

—Estoy seguro de eso. Pero lo que a mi me parece una broma es qué por robar cien millones de dólares estés dispuesta a pagarme sólo cien mil, lo que resulta el uno por mil. Y en esos casos, hijita, se paga, por lo menos, el diez por ciento.

—¿Usted... quiere... diez millones de dólares?

—Claro. Es razonable, ¿no?

Juliette Beauchamp quedó unos segundos muy pensativa, antes de asentir con un gesto.

—Seguramente, tiene usted razón, señor Dodó. Pero es que... ése dinero es muy importante para gente muy pobre.

—De acuerdo contigo. Y entre esos pobres se encuentra un tal Dodó.

—Usted, señor Dodó, puede vivir estupendamente el resto de su vida con cien mil dólares.

—Me calculas una vida muy corta, primor. O muy miserable... Eso no llega ni a quinientos mil francos. Y con esa cantidad, desde luego, que no puedo comprarme ni una villa, un yate y tres automóviles. Y, claro, vivir a un adecuado tren de vida.

—Puede llevar una vida mejor que ahora, desde luego.

—Eres una chica lista, ¿verdad? Pero mira, azucena de los bellos campos; si yo tengo que robar para ti, cien millones de dólares, quiero el diez por ciento. Estoy hasta aquí de que me exploten. Además, ¿qué más te darían a ti noventa millones que cien millones? ¡Eso, si es dinero, bella amapola!

—¿No quiere aceptar?

—No. Ya me han tomado bastante el pelo en esta vida.

—Yo..., yo confiaba en usted.

—Ofréceme el diez por ciento y soy todo tuyo.

—Es que no puede ser... Hay personas que necesitan más que usted ese dinero, se lo juro.

—¿Qué personas? ¿Tú, por ejemplo?

—No... Yo no voy a ganar nada en esto.

—Ya. Bueno, abuelita, ahora explícame el cuento de los Siete Enanitos y Blancanieves.

—De verdad, señor Dodó... Yo no gano nada. Lo único que estoy intentando es favorecer a unas pobres gentes... Y a usted, pues sé que últimamente lo está pasando muy mal.

—Bella gardenia: eres una chismosa. ¿Por qué sabes tantas cosas de mi vida?

—Por favor, señor Dodó, acepte, por favor...

—Supongo que hay tipos por ahí que se sentirán encantados de que una mujer les suplique, pero te juro que a mí me joroba un horror, bella petunia. Pero, mira, te veo tan interesada en conseguir mi colaboración, tan... generosa con otras personas, que me resultas casi simpática; así que voy a hacerte una proposición: cien mil dólares y tu...

—¿Yo? No comprendo.

—Vamos, vamos, nenita... ¡Claro que tienes que comprender!

—No, señor, no comprendo, de verdad.

—Bueno... Digamos que te valoro en nueve millones novecientos mil dólares. ¿Comprendes ahora?

Juliette Beauchamp palideció. Bajó la mirada y permaneció inmóvil, en silencio... Dodó terminó su cerveza y se puso en pie.

—Como ves —susurró—, soy realmente un pájaro repugnante. ¿Tengo que devolverle el anticipo?

Ella siguió con la cabeza baja, pero la movió negativamente.

—Muchas gracias, nena mía. ¡Adiós...! Y si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarme. Te acompañaría a tu casa, pero tengo la impresión de que te avergonzarías de ir junto a un pájaro repugnante... Así que emprendo el vuelo en solitario. Adiós, corazón.

Y Dodó se metió las manos en los bolsillos y se alejó Boulevard St. Germain arriba.

CAPÍTULO II

—¿Quiere un trago, amigo?

El taxista se volvió hacia el asiento de atrás, contempló la botella de coñac que el embriagado pasajero le ofrecía y movió negativamente la cabeza.

—Son diecisiete francos, señor.

—Diecisiete francos... franceses... Porque estamos en Francia, ¿no es así? —tartajeó Dodó.

—En París, señor.

—¡Toma...! ¡Nada menos que París! Y dígame: ¿qué hago yo en París?

—Lo ignoro, señor —se armó de paciencia el taxista—. Lo he tomado a usted en Pigalle, me ha dado esta dirección y aquí estamos. Son diecisiete francos.

—Usted serviría para banquero —farfulló Dodó.

Sacó el rollo de billetes, separó dos de diez, y se los tendió al taxista. Nada de propinas generosas. Aunque tres francos no estaba mal, no señor.

Se encontró en la estrecha acera, tambaleándose... El taxi había desaparecido. Bueno, ¿y qué? ¿Para qué demonios quería él un taxi? Lo único que quería él era beber, porque tenía una botella de coñac «Napoleón». La alzó, mirándola malignamente.

—«Napoleón» —dijo—. Te voy a chupar el cuello... ¡Ji, Ji, ji!

Se metió el gollete en la boca y comenzó a tragar... hasta que ocurrió algo extraño: la botella bajó, se colocó cuello arriba y por lo tanto. Dodó dejó de trasegar coñac. Atónito, miró la botella, y entonces vio sobre ésta la pequeña, delicada, bella manita que sujetaba la suya.

—Por favor, señor Dodó; no beba más.

Dodó guiñó velozmente los ojos. Era una calle poco agradable, no muy iluminada... Sí, señor, él vivía en un cuchitril sórdido de

aquella sórdida calle de aquel sórdido lugar de París... Parecía que tuviese telarañas en los ojos, pero, finalmente, consiguió ver entre ellas el rostro de la persona que le impedía beber.

—¿Qué te parece? —Se pasmó—. ¡Si es el bello campo lleno de césped! ¿Quieres un trago, dulce corazón?

—No, gracias. Le ayudaré a subir.

—Eso es —asintió con entusiasmo Dodó—. Ayúdame a subir... Subiremos juntos hacia las estrellas más grandes y hermosas del firmamento, y allá..., allá instalaremos nuestro nido de dulce amor y felicidad... Seremos honrados, educados y bondadosos, como tiene que ser toda persona. Viviremos juntos en una estrella donde habrá miiiiiiles de flores azules y miiiiiiles de flores del color del sol... Oye, ¿qué tocas por ahí?

—Estoy..., estoy buscando las llaves en sus bolsillos.

—¡Aaaaaaah! ¡Ah, bueno! Sí, eso haremos, campo lleno de flores... Yo construiré una casa con polvo de estrellas, y será tan hermosa, tan hermosa..., que será digna de ti. Cada noche te besaré dulcemente, te despertaré y te diré: buenas noches, amor de mi vida... Y cada mañana te despertaré con un beso, y te diré: despierta, mi amor; estoy contigo, y hoy..., hoy es el primer día del resto de nuestras vidas... Yo te serviré el té, y te amaré, y te protegeré... durante el maravilloso resto de nuestras vidas... Porque eres tan hermosa, Bellocampo, taaaaaaaan hermosa..., que sólo puedo sentir dulzura hacia ti.

—Cuidado con los escalones.

—Un escalón, dos escalones, tres escalones —canturreó Dodó—. Un beso, dos besos, tres besos... Un amor, dos amores, tres amores... Un tiro, dos tiros, tres tiros... Eso es: los tiros... Sí, los tiros por la espalda, eso es... Entonces será cuando nuestra felicidad terminará: cuando me dispaes por la espalda, cuando me traiciones a pesar de saber cuánto te amo... ¡Te amo tanto, Bellocampo...!

—No ha debido beber tanto, señor Dodó.

—He bebido... lo que me ha dado la gana... ¡Y bebo para olvidar, tarararará...! ¿Y sabes lo que quiero olvidar, nenita mía?

—¿Qué quiere olvidar, señor Dodó?

—He bebido porque quiero olvidar que la vida es un asco, y quiero olvidar que siempre, siempre, todos han querido utilizarme tan sólo en su beneficio, jamás en el mío. Y quiero olvidar que...

Oye, ¿dónde estamos?

—Subiendo la escalera hacia su apartamento.

—¡AH! ¿Y tú me estás ayudando?

—Sí, señor.

—¿De qué modo?

—Pues le..., le he pasado un brazo por mis hombros y le sujeto también por la cintura...

—O sea, que estamos abrazados... ¿Verdad?

—Sí, señor.

—¡Caaaaaa... ramba! Pues cuando un hombre y una mujer se abrazan es para darse un beso, ¿verdad? ¿Dónde está su boquita de rosa de jardín en una estrella? ¿Dónde, dónde, dónde...?

—Aquí, señor Dodó.

Era cierto. La boquita estaba allí, y Dodó la notó. La cabeza le daba vueltas, no veía nada..., pero notó la boca en la suya, y la tibieza de aquel cuerpo fino, delicado, turgente... Era tan maravilloso aquello, tan maravilloso... Dejó de besar la fresca boca y tomó con sus manos el rostro de Juliette Beauchamp, que era sólo como una mancha pálida en la oscuridad.

—¿Me quieres, Beauchamp? —gimió—. ¿Me quieres?

—Sí, Dodó.

—¿Nos besamos otra vez?

—Sí, Dodó. Las veces que quieras.

La volvió a besar. ¡Ah! ¡Qué delicia, qué frescor, qué sensación de limpieza, de honradez, de...!

De pronto, se apartó de aquellos labios, de aquel cuerpo, que empujó rudamente. Oyó la exclamación, el sonido que rodaba escaleras abajo... mientras él gritaba:

—¡Mentira! ¡Siempre mentira! ¡Estoy harto de todos vosotros, de todos...!

Continuó subiendo, solo ahora. Subía, subía, subía... Cloc cloc cloc cloc, cloc cloc, sonaban sus pisadas en la escalera. De pronto, se detuvo. Parecía que se había enganchado con algo por detrás. Oyó ruido de una llave, se encendió una luz... Algo le empujó y se encontró dentro de su apartamento. Estuvo unos segundos parpadeando, deslumbrado. Luego se dirigió hacia el mugriento y pequeño cuarto de baño; es decir, sólo había un retrete, un lavabo y una ducha... Abrió el grifo de la ducha y metió la cabeza debajo

lanzando un alarido al recibir el agua fría... Luego, se quedó inmóvil, mientras el agua iba empapando sus cabellos y sus ropas.

Finalmente se volvió, localizó la toalla y comenzó a secarse. Hasta que de pronto, dejó de hacerlo y miró hacia la puerta. Salió del aseo y en efecto, la vio. Ella estaba allí, sentada en una esquina de la cama, mirándole fijamente.

Llevaba otro vestido, no el de la tarde. El de ahora era más escotado, de color azul pálido, muy elegante...

Sobre una silla. Dodó vio el abrigo que hacía juego con el vestido. Luego, volvió a mirar a Juliette Beauchamp que seguía mirándole. Dodó tenía la certeza de que su aspecto era horrible. En cambio, el de ella... Tan dulce, tan bella, tan delicada... Era como el más bello sueño que un hombre pudiera tener.

—De acuerdo, gracias —susurró Dodó—. Supongo que si no hubieses estado tú aquí, me habría quedado dormido en la escalera. ¿Qué quieres ahora?

—He decidido aceptar tu oferta.

—¡Ah! —Dodó parpadeó, recordando—. Sí entiendo. Supongo que has consultado con alguien, y que habéis decidido pagarme el diez por ciento para...

—No he consultado con nadie y no voy a pagarte el diez por ciento. Dodó. Estoy hablando de tu otra oferta.

—¿Qué otra oferta?

—Me valoraste en nueve millones novecientos mil dólares... ¿Recuerdas?

—Sí... Algo recuerdo, sí...

—Pues aquí me tienes.

Dodó sacudió la cabeza, porque se le estaba llenando de..., de humo, o algo parecido: Volvió a ver con claridad a Juliette:

—Magnífico —susurró—. Magnífico.

—¿No vienes?

Dodó dejó caer la toalla y se acercó a Juliette. Se sentó a su lado, la empujó hacia atrás, y la besó en los labios, despacio, como si temiese romperlos...

CAPÍTULO III

Abrió los ojos de pronto y se quedó mirando el techo. Estaba como pintado de color naranja pálido... Lo había visto así muchas mañanas, cuando despertaba poco después del amanecer. Sí, ya era de día. Otro día más de aquella asquerosa vida que un día u otro tenía que abandonar. No podía estar siempre, siempre igual, tenía que sobreponerse.

Movió los brazos para colocar las manos bajo la nuca..., y con sus brazos tocó algo.

Volvió la cabeza, se estremeció y palideció. En una millonésima de segundo, los últimos recuerdos de la noche anterior parecieron explotar en su mente.

—¡Dios mío...!

Juliette Beauchamp estaba dormida. Sé quedó mirando su dulce rostro, aterrado. Era tan, tan, taaaaaaaan dulce, que Dodó se sintió, de pronto, terriblemente enfermo. Tenía la boquita entreabierta, de modo que podía ver el interior de su labio inferior, reluciente como una perla de color rosa... Alzó la ropa de la cama y la bajó rápidamente como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡Dios, no...!

Se levantó sigilosamente y se quedó mirando a la bellísima durmiente. ¡Santo cielo!; era de una belleza que partía el corazón; de una dulzura que aniquilaba.

Recogió sus ropas y entró en el aseo. Salió a los pocos minutos y abandonó el sórdido apartamento.

Era casi mediodía cuando regresó, hecho papilla. Llamó a la puerta, pues había olvidado recoger la llave.

Ojalá ella no estuviera allí, ojalá se hubiese marchado, o todo hubiese sido una pesadilla.

Juliette Beauchamp abrió la puerta, y le sonrió, pero mirándole

con mal contenida preocupación.

—¡Hola, Dodó! Pasa. ¿Dónde has estado?

—Paseando.

Entró, ella cerró la puerta, se volvió, y se quedó mirándole, con aquella sonrisa que era como una cuchillada para Dodó. Recordó de pronto su boquita entreabierta, y el interior del labio, como una perla de color rosa...

—Yo me desperté casi a las nueve —dijo Juliette—. Salí a comprar y he preparado algo para almorzar.

—No tengo apetito.

—Cocino bastante bien —temblaron los labios de color perla rosada.

—No lo pongo en duda... ¿A quién tengo que matar?

—Primero hay que robar la maleta con el dinero.

—Está bien, dime dónde está la maleta y a quien tengo que matar.

—Tendremos que viajar en tren esta misma noche; la maleta la llevarán dos hombres, pero, seguramente, llevarán protección. Quizá otros dos hombres más, profesionales... Ya me entiendes.

—Si, te entiendo. ¿De dónde demonios han salido cien millones de dólares?

—Parece que de un banco de Suiza.

—¿Y adónde llevan ése dinero?

—A Niza.

—Pues podían haberlo llevado directamente desde Suiza, sin necesidad de pasear esa cantidad por toda Francia.

—Las cosas se están haciendo así, y eso es todo, Dodó. ¿Quieres ver las fotografías?

—Las fotografías... ¿de quién?

—De los dos hombres que llevan el dinero desde París a Niza. Y de la persona que tienes que matar.

—Está bien.

Juliette fue adonde estaba su bolso y sacó de él un sobre que tendió a Dodó. Éste sacó las fotografías. La primera era de un árabe, desde luego. Inconfundible. Un árabe de unos cincuenta años, completamente calvo, pero con barba, muy canosa. Su cabeza parecía una bola. Llevaba lentes, de cristales redondos, y en conjunto, para sorpresa de Dodó, resultaba bonachón y simpático.

—¿Quién es?

—Ornar El Selim, Gran Emir de Omistán, pequeño país del Golfo Pérsico. Llegó hace dos días a Niza, exactamente en Moyenne Corniche, de Mont Boron. Con él han llegado algunas de sus mujeres, servidores, secretarios... y guardias de protección personal, armados. Una docena.

Dodó encogió los hombros.

—Ya supongo que nada de esto va a ser fácil... ¿Y esos dos tipos?

Fue mirando a los dos hombres, mientras Juliette le daba la explicación. Los dos sujetos eran de raza blanca, muy saludables, sonrosados, lo cual se captaba perfectamente en las fotografías en colores. Uno de ellos también era calvo, pero ni esto ni su calvicie disminuían la firmeza de su carácter, delatada por la recia barbilla, el gesto duro de la boca, la mirada directa y penetrante: debía tener alrededor de cuarenta años. El otro era algo mayor, con abundante cabello gris, y un aspecto general también duro y firme.

—Nosotros los llamamos Diplomático 1 y Diplomático 2 —decía Juliette—, y lo consideramos suficiente. Como ves, serán fáciles de identificar, por lo que, en ese aspecto, no habrá problemas, ya que al identificarlos a ellos, identificaremos a sus guardaespaldas. ¿Crees que podrás quitarles las maletas?

—Sí.

—¿Cómo lo harás?

—Aún no lo sé. Pero he hecho cosas más difíciles en mi vida... Bueno, supongo que ya sabes eso. ¿Qué hago cuando tenga la maleta?

—Me la entregas a mí.

—¿En el tren?

—Ya te he dicho que viajaremos juntos. A mí no me importa tu aspecto. Dodó, pero para ese viaje deberías... arreglarte un poco, o llamaríamos demasiado la atención. ¿Tienes pistola?

—No.

—Creo que podré conseguirte una para este viaje. Saldremos de la gare d'Austerlitz

a las veinte cuarenta, vía Lyon. Allí, en Lyon, será donde Diplomático 1 y Diplomático 2 recibirán la maleta...

—¿No salen con ella desde París? —Se sorprendió Dodó.

—No. En Lyon durante la parada, se la entregarán. Y durante el trayecto entre Lyon y Marsella, tú tendrás que conseguir esa maleta...

—¿Y si fracaso?

—Se complicarán las cosas, pero todavía se podría intentar algo. Claro que es mucho más difícil robarle la maleta a Ornar El Selim que simplemente matarlo, pero habría que hacerlo.

—¿Los cien millones de dólares son para el árabe?

—Sí.

—¿A cambio de qué? ¿Qué es lo que vende ese árabe?

—Personas.

—¿Vende personas? —murmuró Dodó.

—Sí.

—¿Te importaría aclararme eso un poco?

Juliette vaciló, y por fin movió negativamente la cabeza.

—¿Por qué tienes que complicarte la vida, Dodó? —musitó—. Es mejor para todos que no sepas nada.

Especialmente, para ti.

—¿Tengo que creerte?

—Sí. Dodó.

—Maldita sea mi estampa... ¿Y por qué demonios tengo que creerte, vamos a ver?

—Porque yo soy una persona tan buena y honrada como tú mismo —sonrió dulcemente Juliette.

—Oye tú: ¿me estás tomando el pelo?

—Te aseguro que soy honrada. Dodó.

—Tú sí. Pero..., ¿de dónde sacas que yo soy bueno y honrado?

—No seas tonto, querido —rió ella—. ¿Te quedas a almorzar?

—Te diré una cosa: tú y tu almuerzo os podéis ir a... a...

—¿A una casa construida en una estrella con polvo de estrellas?

—¿De dónde has sacado semejante idiotez?

—Tú me lo ofreciste anoche.

El pájaro repugnante se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando hoscamente al ave del paraíso. De pronto, soltó un gruñido, se dirigió a la puerta, tuvo que sacar, una mano del bolsillo para abrirla; y salió.

CAPÍTULO IV

Entró en la Gare
d'Austerlitz

a las veinte y veinte, y se dirigió a la vía en la que se anunciaba la salida del tren preparado en ella, con destino a Marsella; Se colocó junto al poste indicador, y encendió un cigarrillo.

Un par de chicas pasaron cerca de él, lo miraron, sonrieron, y cambiaron un comentario, que, aunque no llegó a oídos de Dodó, para éste no ofreció la menor duda: lo encontraban interesante. Esto podía ser admisible ahora, porque Dodó se había cortado el cabello, se había afeitado, y se había comprado un traje nuevo, flamante. Estaba hecho un brazo de mar.

«Apuesto —pensó— a que Bellocampo no es capaz de identificarme... Y por allá viene».

Efectivamente, Juliette Beauchamp se acercaba también a la vía en cuestión, directamente, con la mirada fija en el tren. Pero al llegar a la cabeza de la vía se desvió hacia Dodó, lo miró de arriba abajo sonriendo y dijo:

—Estás muy guapo, Dodó.

—¿Quieres que te paría la cara? —Gruñó él.

—No serías capaz de pegarme —rió ella.

—¿Qué te apuestas?

—La maleta con cien millones de dólares.

Dodó alzó la mano..., y se quedó mirándosela. Luego, movió los dedos, se frotó la nariz, y dijo:

—Aquí hay demasiados gendarmes. Supongo que no te gustaría que me impidiesen hacer este viaje. ¿Qué llevas en esa maleta?

Señaló la pequeña maleta de color azul que Juliette sostenía en la mano derecha.

—Cosas, para que una chica esté siempre bonita. Tengo ya los billetes. Busquemos el vagón número cinco. Iremos en segunda

clase.

—En segunda clase —farfulló Dodó—. Por lo menos, podías haber adquirido un par de couchettes.

—Esta noche no la vamos a pasar precisamente durmiendo. Estás muy delgado, Dodó.

—Con los cien mil dólares me compraré una vaca. Vamos ya. Tengo ganas de sentarme; he pasado un día de lo más perro.

Dodó comenzó a caminar, pero en seguida se dio cuenta de que ella no hacía lo mismo, así que se volvió.

La vio inmóvil.

—¿Te has quedado paralítica? —masculló.

Ella no dijo nada. Sólo sonrió, tendiéndole la maleta, Dodó frunció el ceño, abrió la boca, apareció en su rostro el gesto sarcástico... y alargó una mano y cogió la maleta. Juliette sonrió, aún más dulcemente, le tomó de una mano, y caminaron en busca del vagón cinco.

Un minuto después, se hallaban instalados en sus asientos reservados, pero ella le hizo una seña, y señaló hacia la ventanilla. Se asomaron a mirar. La estación estaba horrendamente sucia, cosa que Dodó jamás había podido comprender, pues no encajaba con la bella y pulcrísima París.

No preguntó nada, porque sabía lo que estaban haciendo asomados a la ventanilla. Y, efectivamente, cinco minutos más tarde aparecieron los dos sujetos: Diplomático 1 y Diplomático 2. Pasaron por delante de ellos, en dirección a los vagones de compartimentos de primera clase, y los vieron subir a uno de ellos.

—Voy a ver qué vagón es —musitó Dodó—. Y a lo mejor hasta me entero de qué compartimento ocupan.

—No me extrañaría nada que lo consiguieras.

Dodó abandonó el compartimento, y Juliette se sentó. Para cuando el tren se puso en marcha, Dodó aún no había regresado. Pero lo hizo unos minutos después, llevando una bolsa de bocadillos.

—¿Qué te parece? —masculló—. No hay coche restaurante en este tren. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias.

—Bueno.

Dodó colocó la bolsa en la rejilla, se sentó en el doble asiento

que compartía con la muchacha, y se sumió en un impenetrable silencio. En el mismo compartimento viajaba un matrimonio de mediana edad, que se repartían el placer: la señora miraba a Dodó, y el caballero a Juliette. Pero, con ese fino instinto francés, comprendieron que la conversación no iba a ser precisamente la tónica del viaje.

Tacá-tactac, tacá-tactac-tacá-tactac, sonaban las ruedas del tren en las junturas de las vías. Dodó cerró los ojos, y pareció que se adormilaba.

Tacá-tactac-tacá-tactac, el tren iba aumentando la velocidad...

Hacia las diez, Juliette se inclinó hacia el aparentemente adormilado Dodó.

—Voy a los servicios —susurró.

—Aprieta el pedal —masculló él.

Juliette movió la cabeza, con un gesto de resignación, y se puso en pie. Salió del compartimento, y caminó por el pasillo hacia la parte de atrás del vagón. Llegó a la plataforma..., pero no entró en las *toilettes*, sino que pasó al otro vagón, recorriendo el temblequeante pasillo encajonado. Recorrió el siguiente vagón hacia la cola, y pasó al otro. Allí, fue mirando los números de los asientos, y al llegar al que buscaba abrió la puerta corredera del compartimento... Habían allí varias personas, que la miraron con mortecina indiferencia.

—¡Perdón! —se excusó Juliette—: me he equivocado...

Cerró la puerta, caminó un poco más por el pasillo, y se detuvo. Un par de minutos después, aquella puerta se abrió de nuevo, y apareció un hombre, que cerró, y caminó hacia Juliette.

Era de raza árabe, apuesto, de unos treinta y cinco años. Vestía muy correctamente, pero, desde luego, no aparecía tan flamante como Dodó. Llegó junto a Juliette que miraba por la ventanilla hacia el oscuro exterior, a través del cristal. La imagen del árabe apareció junto a la de ella.

—Buenas noches, señorita Beauchamp.

—Buenas noches, señor Rissal.

—Por favor, llámeme Abdul... Estoy más acostumbrado. ¿Todo va bien?

—Sí, sí, puede estar tranquilo.

Abdul Rissal frunció simpáticamente el ceño.

—Por supuesto, tengo plena confianza en usted, pero no sé si me gusta su... aliado. Parece demasiado inteligente. Y peligroso.

—¿No era eso lo que buscábamos? —se sorprendió Juliette.

—Bueno... Eso era lo que buscaba usted. Ciertamente, sus servicios en París nos han sido de gran utilidad, pero quizá sería mejor hacer las cosas de acuerdo a mi sistema propuesto.

—Dodó hará mejor el trabajo que una docena de sus hombres, Abdul. Y sin complicaciones, jaleos, tiros... Es un hombre admirable.

—Puesto que usted lo admira, así debe ser. ¿Le ha dicho que debe entregarme la maleta a mí?

—Claro que no. Dodó me la entregará a mí, y yo se la traeré a usted. De veras. Abdul: no tiene que preocuparse por nada. Dodó es fenomenal..., y como usted ha dicho, muy inteligente. No he podido engañarlo.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que no se ha creído que iba a los servicios, y me ha seguido —sonrió Juliette—. Ahí viene. Por favor, sígale la corriente: es un poco peculiar, está amargado.

Abdul Rissal sé volvió, y vio acercarse por el pasillo a Dodó, con un cigarrillo colgando de los labios.

Parecía que ni siquiera los veía. Pasó junto a ellos, impávido, pero de pronto, pareció darse cuenta de la presencia de Abdul Rissal, y se volvió, con gesto de sorpresa.

—Caramba —dijo, muy pasmado—. ¿Están filmando una película?

—¿Qué? —se desconcertó Rissal, mientras Juliette sonreía.

—Que si están filmando una película... ¿No es usted Omar Shariff?

—No... No, no.

—¿De veras? ¿No es usted ese actor árabe que protagonizó «El doctor Zhivago»? Pues oiga, se le parece un horror, ¿sabe?

—Pues...

—De todos modos, usted es de raza árabe. ¿A que sí?

—Sí... sí.

—Tengo una vista de águila que ya, ya. ¿Le está molestando la señorita? —señaló a Juliette.

—¿Molest...? ¡Claro que no!

—¡Ah! Es que como usted es tan guapo, pues he pensado: «Ya está esa tonta molestando al señor Shariff, pidiéndole autógrafos y besos. Y a cambio de eso, el señor Shariff le pedirá una maleta con cien millones de dólares dentro». ¿A que sí, señor Shariff?

—No me llamo Shariff —masculló Rissal.

—Me parece que el señor Rissal no entiende muy bien tu sentido del humor, Dodó —sonrió Juliette—. ¿Por qué me has seguido?

—Porque no me fío de ti. Ni de nadie. Supongo que este caballero es el que se hará cargo de la maleta.

—Sí.

—Muy bien. Yo me llamo Dodó, y soy un miserable pájaro repugnante que vuela sin rumbo fijo. Y ahora: ¿quiénes sois exactamente vosotros?

—No me gusta su modo de comportarse, señor Dodó —dijo Abdul Rissal, hoscamente.

—Le aseguro que hace ya años que no me hago pis en la cama —replicó secamente Dodó—. Y en cuanto a los demás detalles de buena educación, los voy aprendiendo sobre la marcha. Beauchamp, ya me estás diciendo quién es este bello pájaro, y quién eres tú o la cosa se va a complicar. Ya me he movido demasiado a ciegas. Y si vas a decirme que todo lo que tengo que hacer yo es robar una maleta, te contestaré que de lo dicho no hay nada, y que la robe Omar Shariff. ¿Me explico?

—Dodó: ¿me permitirías hablar unos segundos a solas con el señor Rissal?

—Está bien. Mientras tanto, voy a cambiar el agua de las cañerías.

Se dirigió hacia el fondo del vagón, mientras Rissal le seguía con irritada mirada.

—No me gustan los sujetos de esa calaña, señorita Beauchamp.

—Dodó le está engañando, Abdul. Tiene mucha más clase de lo que usted pueda imaginar. Sólo hay que saber manejarlo.

—¿Y usted sabe?

—A la perfección. Llevo varios meses detrás de él. Sé todo lo que se podía saber, y puedo manejarlo sin el menor fallo. Ahora, él quiere saber quiénes somos y qué pretendemos exactamente... Y creo que debemos decírselo. Es lo mejor. Estuve a punto de decírselo esta mañana, pero preferí que usted lo autorizase

expresamente.

—¿Le parece acertado explicárselo todo a ese hombre...?

—Sí.

—No discutiré con usted. Dígaselo, si lo cree acertado.

—Gracias. No me gusta estar engañando a Dodó. Aunque eso no es nada fácil, se lo ruego: lleva demasiadas horas de vuelo para que una pobre principiante como yo pueda mentirle.

—Ahí viene.

Dodó llegó encendiendo otro cigarrillo, y se quedó mirando irónicamente a Juliette.

—¿Qué? ¿Le has convencido de que es mejor ponerme al corriente?

—Sí, Dodó.

—Pues al grano, petunia.

—El señor Abdul Rissal es uno de los consejeros sobre asuntos internacionales del Gran Emir Ornar El Selim, y ha resuelto muchos asuntos relacionados con su país, Omistán. Gracias a este cargo, el señor Rissal tiene acceso a todos los asuntos del palacio...

—¿Qué palacio?

—El de Ornar El Selim, en la capital de Omistán, Karmah.

—Me gustaría vivir en un palacio —reflexionó Dodó—. Aunque me conformaría, desde luego, con una villa en la Costa Azul, con vistas al mar, donde estaría mi yate, al cual podría llegar en uno de mis tres automóviles.

—Tus aspiraciones van aumentando —rió Juliette—: ayer sólo pedías el yate, tres coches y la villa. ¿Y ahora quieres un palacio?

—Me conformaré con lo demás, Bueno, muy bien; el señor Rissal se ha enterado en palacio... ¿de qué cosa?

—Hay un país en África del Sur que tiene grandes yacimientos mineros de toda clase. No mencionaré ese país, lo siento, Dodó. Pero te diré que Diplomático 1 y Diplomático 2 son de ese país...

—¿Qué te parece si, para no complicarnos la vida, a ese país lo llamamos Tontilandia?

—De acuerdo —sonrió Juliette—. Bien, los de Tontilandia necesitan mucha mano de obra para sus yacimientos mineros, pero, los tontilandeses no gustan de trabajar demasiado, y, además, piden unos sueldos que son considerados exagerados. Entonces, el presidente de Tontilandia se puso en contacto con algunos países

árabes, solicitando mano de obra de esos países. Se le escuchó, pero ofrecía unos sueldos que no interesaron a ningún país..., excepto a Omistán.

—Quieres decir que los sueldos le interesaron a El Selim.

—Sí. Tras varias conversaciones con los de Tontilandia, llegaron a un acuerdo: Ornar El Selim cobraría, para él, privadamente, cien millones de dólares, y, a cambio, él enviaría quinientos mil omistanos a Tontilandia, a trabajar en los yacimientos mineros por un sueldo todavía inferior al que ofrecían los de Tontilandia...

—De donde se desprende, que el simpático Ornar se va a embolsar cien millones de dólares, por lo que sólo puede definirse como una venta de esclavos.

—Así lo vemos nosotros, Dodó, en efecto. Como ya has comprendido, se trata de una canallada horrible para quinientos mil hombres que, a cambio de unos sueldos miserables, tendrán que dejar su patria, sus mujeres e hijos, sus amigos... Todo. Y mientras ellos trabajan en las minas por nada, Ornar El Selim pondrá en su cuenta corriente de Suiza, cien millones de dólares..., y seguirá viviendo en su palacio, con mujeres jóvenes y hermosas y rodeado de lujos.

—¿Cómo habéis sabido todo eso?

—Tenemos una persona favorable a nuestros propósitos muy cerca de Ornar El Selim —intervino Rissal.

—Y esa persona es quien informó al señor Rissal —añadió Juliette rápidamente—... Gracias a esa persona sabemos todo lo que concierne a este asunto.

—Ya. ¿Y por qué no se encarga esa persona de asesinar al tal Ornar, ya que tan cerca está de él?

—Habíamos pensado en eso —susurró Rissal—, pero no nos interesa, por varios motivos. Uno de ellos es que esa persona sería decapitada inmediatamente, pues no podría escapar después de matar a Ornar. Y menos aún, si el dinero ya había llegado a poder de Ornar. Por eso hemos pensado en apoderarnos del dinero antes de que llegue a Niza, y luego, para evitar que Ornar intente alguna porquería como la actual en el futuro, hay que asesinarlo, eliminarlo, y poner Omistán en mejores manos...

—¿Las de usted, por ejemplo, señor Rissal?

—Se equivoca —sonrió éste—. Yo no soy político, señor Dodó.

Tenemos ya el hombre apto para ocupar el cargo de Gran Emir, mucho más adecuado que yo. En cuanto a mí, no voy a ganar nada con todo esto. Nada en el sentido personal, se entiende, pero mucho si tenemos en cuenta lo que habré evitado a mí país: la pérdida de quinientos mil hombres. Y no sólo...

—¿Y por qué no se quedan en el país esos quinientos mil hombres, simplemente? Que digan que no quieren abandonarlo, y listo.

—Nos gustaría poder convencerlos de que no deben aceptar ir a Tontilandia en esas condiciones —asintió Rissal—, pero no es fácil entenderse con medio millón de hombres que están llevando una vida miserable. En Omistán no hay nada... Nada. Unas cuantas cabras, artesanos de cerámica, algo de agricultura, y unos cuantos pesqueros. Nada. Antes que seguir muriendo de hambre, esos quinientos mil omistanos irían a cualquier sitio a ganar algo de dinero para enviar a sus familias.

—Lo cual quizá sea menos malo que seguir muriéndose de hambre en compañía de sus mujeres e hijos, señor Rissal.

—Se lo iba a decir antes —sonrió jubilosamente Rissal—. Es respecto a mis planes. Fíjese bien, señor Dodó: queremos conseguir esos cien millones de dólares y matar a Ornar El Selim. Una vez muerto éste, la persona adecuada, que está esperando en Karmah, ocupará el palacio, y nosotros pondremos a su disposición los cien millones de dólares... ¿Se lo imagina?

—Estoy segura de que Dodó lo comprende —dijo Juliette.

Dodó se estaba rascando la coronilla. Y, de pronto, sonrió.

—Pues creo que sí lo entiendo, gardenia. Veamos: matamos a Ornar El Selim, robamos los cien millones, y ponemos un nuevo Gran Emir en Omistán. El cual, con los cien millones de dólares, hará verdaderas maravillas en el país, y nadie tendrá que abandonarlo para ir a trabajar como esclavos a Tontilandia..., ni a ningún otro sitio, ya que habrá trabajo para todos, porque se comprarán más pesqueros, maquinaria para industrias, técnicos que instalarán pozos artesianos, más técnicos, ahora de agricultura, se comprarán más cabras, se construirán carreteras... ¿Es algo así, señor Rissal?

—Es exactamente así, señor Dodó. Exactamente así.

—Maravilloso. Les voy a conseguir esa maleta, desde luego.

Bien... Su postura está muy clara, señor Rissal, puesto que es un patriota omistano, pero..., ¿qué pintas tú en esto, clavelito?

—La señorita Beauchamp está trabajando hace algún tiempo en nuestra embajada, en París —explicó Rissal—. Cuando supimos que parte de las negociaciones de Ornar El Selim se estaban desarrollando en París, necesitamos personal adecuado, que pudiera... circular por toda la ciudad y por todos los lugares sin llamar lo más mínimo la atención. Ella ha conseguido las fotografías de los hombres que llevarán la maleta, los ha vigilado... Teníamos muy buenas referencias de ella, y hasta el momento, sólo podemos decirle que sin ella nos habríamos visto en algún que otro problema. Incluso, como bien sabe, ella es quien le ha contratado a usted.

—¿Y por qué a mí, Beauchamp? —La miró Dodó.

—Porque tu historial...

—Olvidalo, olvidalo —masculló Dodó—. ¿Cuánto tiempo hace que está en marcha todo este asunto?

—Unas cinco semanas —dijo Rissal.

—¿De veras? Pues Beauchamp me dijo que hace meses que se está ocupando de mí. O sea, con anterioridad a todo este tinglado... ¿Cómo explicas esto, nena?

—¡Oh, pues...!

—Mire, señor Dodó —interrumpió Rissal—, todos esos asuntos pueden esperar. Lo que yo quisiera saber ahora es cómo va a conseguir usted la maleta. ¿Piensa atacar a esa gente en su compartimento? Porque si es así, podríamos estudiar un sistema que...

—¿Pretende enseñarme a mí? —Lo miró malignamente Dodó.

—Solamente trataba de ayudarle —frunció el ceño Rissal—. Quizá podría aportar alguna idea que...

—Descanse, siervo de Mahoma, descanse. No es bueno que los sesos se pongan a hervir. Yo lo arreglaré todo.

—¿Cómo? La señorita Beauchamp pidió una pistola para usted, pero no sé si esos procedimientos, realmente, serían interesantes. Son dos hombres ahora, y luego serán cuatro o cinco. Quizá más. En esas...

—Aunque fuesen setecientos, amigo mío. Tengo un procedimiento tan sutil para apoderarme de esa maleta, que nadie

podrá impedirlo.

—¿Un procedimiento... sutil?

—Sutilísimo. Voy a comerme un bocadillo.

Sin más, Dodó se alejó, dejando a Abdul Rissal un tanto mosqueado.

—No se preocupe —susurró Juliette—. Dodó lo hará, Abdul. Lo único que tiene usted que hacer es esperar aquí a que yo le traiga la maleta. ¿Lo demás está previsto?

—Desde luego.

—No hay más que hablar. Me voy con Dodó.

Juliette sonrió al árabe, y recorrió el pasillo... Poco después, se sentaba junto a Dodó, que, en efecto, estaba comiéndose un bocadillo de huevo duro, lechuga y jamón de York.

—Hay más en la bolsa, si quieres —ofreció.

—No gracias —se inclinó hacia él—. Tengo la pistola en la maleta. ¿Cuándo tengo que entregártela?

—No voy a necesitarla.

Juliette Beauchamp se mostró verdaderamente inquieta.

—Dodó, sé que tienes muchos y buenos recursos para todo, y que es perfectamente posible que hayas encontrado un medio sutil para apoderarte de la maleta. Pero, piénsalo bien: serán por lo menos cuatro hombres, con seguridad dos o tres de ellos armados, y estarán todos en el compartimento. No dejarán la maleta sola ni un instante, y puedes estar seguro de que no se dormirán...

—Sólo tengo una pequeña duda —farfulló Dodó, con la boca llena de huevo duro, lechuga y jamón de York—. ¿Ellos sospechan algo de todo esto?

—¡Santo cielo, claro que no! Viajan con toda naturalidad, como sí esa maleta contuviese ropa y cosas corrientes. Todo este asunto quieren llevarlo con gran discreción; por eso han venido todos a Europa a solventarlo, incluido, naturalmente, Ornar El Selim, que se apresurará a llevar el dinero a Suiza... si llega a sus manos, claro.

—No llegará, Beauchamp —Dodó atizó otro mordisco al bocadillo—. Puedes apostarte la vida a que no llegará: te lo dice este pájaro repugnante.

—Ya no te ves tan repugnante —sonrió ella.

—Bajo estas nuevas plumas sigo siendo el mismo, azucena: un traje nuevo no implica que haya dejado de ser el *didus ineptus*... ¿A

qué hora calculas que llegaremos a Lyon?

—Poco después de la dos de la mañana, me parece.

—Despiértame a las dos en punto.

CAPÍTULO V

—Dodó: son las dos.

Dodó abrió los Ojos, miró alrededor, y se pasó las manos por la cara. Miró al matrimonio francés, que dormitaba, y luego a Juliette, que le contemplaba expectante.

—Perra vida, flor de loto, ¿verdad?

—¿De verdad estabas dormido?

—Claro. Soñaba que...

—¿Qué? Dodó, dímelo, por favor: ¿qué soñabas?

—Soñaba que volaba, por encima de una isla llena de carroña, y que pensaba que me iba a hartar de comer.

—¡Oh!

—¿Tú no has dormido?

—No. Yo, pensaba.

—Admirable actividad.

—¿No quieres saber lo que pensaba?

—No.

—Pensaba en qué harás cuando tengas los cien mil dólares.

—Quizá compré la Torre Eiffel: tiene muy buenas vistas.

—Pero no creo que te la vendan —rió Juliette.

—Entonces, la robaré. Con mucha sutileza, eso sí.

—Te considero capaz de hacerlo. Dodó: ¿seguirás viviendo en París?

—Estoy harto de París. En realidad, estoy harto de todo... De todo.

—¿De mí también?

—Escucha, Beauchamp, ¿qué es lo que quieres? Ya has pagado muy cara y desagradablemente las consecuencias de relacionarte conmigo, ¿no es así? Pues no te compliques más la vida. Un ave del paraíso y un *didus ineptus* no pueden volar juntos, así que menos cuento. Además, ¿a qué viene toda esta mandanga? ¿Estás

intentando convencerme de algo?

—Me gustaría volar contigo, Dodó..., hacia una estrella, donde me construirías una casa con polvo cósmico y los dos...

—Estás como una cabra —gruñó Dodó, poniéndose en pie.

Salió al pasillo, y encendió un cigarrillo. Se veía en el cristal, cosa que no le satisfizo en absoluto. Afuera, la negrura era absoluta, y desde allí llegaba el monótono tacá-tactac... Sí, señor, era una buena pregunta: ¿qué haría cuando tuviese los cien mil dólares? La conclusión a la que llegó tras mucho pensar, le dejó desalentado: no haría nada. Nada. Porque a él lo mismo le daba tener cien mil dólares que no tenerlos.

Cierto: podría beber buen coñac, y la sopa sería bullabesa, pero... ¿y qué? Por dentro, todo seguiría igual, él seguiría siendo el mismo. Es decir: seguiría sintiendo lo mismo, de modo que no iba a ser feliz ni aunque tuviese los cien millones de dólares de aquella maldita maleta.

Y luego, tenía que matar a un tipo.

Al final, ¿para qué?, se dijo. Nada cambiaría en su interior, y, a fin de cuentas, todo el mal de su vida estaba en su interior...

—Estamos llegando a Lyon, Dodó.

Miró a Juliette, que estaba ahora a su lado, mirándolo fijamente. Asintió con un gesto, y siguió mirando al exterior. Ella le tomó una mano, tímidamente, como temiendo la reacción de él..., que se produjo, en efecto: se soltó de un tirón, y la miró irritado.

—¿Me quieres dejar en paz de una puñetera vez, tú? Lo único que tienes que hacer es estarte quietecita ahí sentada, esperando que yo te traiga la maleta. Sólo eso.

—Sí, Dodó.

—Me crispas los nervios, ¿sabes?

—Lo siento, Dodó.

—¡Vete al cuerno!

El que se fue, pasillo adelante, fue él mismo. El tren estaba disminuyendo la marcha. A través del cristal de la puerta de la plataforma, comenzó a ver las luces de Lyon. Muy bien: muy pronto viajaría en aquel tren una maleta conteniendo cien millones de dólares...

Cien millones de dólares.

Una sonrisa seca, sarcástica, apareció en la delgada, hermética

boca de Dodó. Sí, señor: cien millones de dólares era todo un buen «golpe», ¡qué demonios! Y estaba completamente decidido a apoderarse de ellos. Estaba harto de todo, pero, especialmente, de todos. Les iba a pegar un papirotazo en plena nariz que no olvidarían jamás. Ya se había terminado el hacer el idiota...

Por fin el tren se detuvo en la estación de Lyon.

Dodó abrió la portezuela, y soltó un resoplido. Hacía un frío de mil demonios. Y eso en mayo. Claro que, a la hora que era... Miró el reloj de la estación: las catorce treinta y dos. ¿A qué maldita hora llegaría el maldito tren a Marsella? Bueno, en realidad esto le tenía sin cuidado, claro.

Algunos pasajeros se apearon. Unos pocos eran esperados y eso deprimió a Dodó. A él nunca le esperaba nadie... Otros pasajeros estaban subiendo al tren. Algunas personas, a pesar del frío, se asomaban por las ventanillas...

Y de pronto, los vio, apareciendo de la sala de espera. Eran dos. Uno de ellos llevaba una maleta, y el otro un maletín. Fueron directos hacia uno de los vagones de primera clase, en una de cuyas ventanillas, Dodó vio a Diplomático 2, mirándolos. No cambiaron seña alguna. Simplemente, los dos sujetos de la maleta y el maletín subieron al tren. Diplomático 2 desapareció de la ventanilla.

«Quizá sean más listos de lo que pensamos —reflexionó Dodó—. El dinero podría estar en el maletín, en billetes de diez o cien mil dólares... Aunque no me parece probable que un Banco suizo tenga billetes de esa cifra y en tal cantidad. No... Seguramente, llevan el dinero en la maleta grande, en fajos de billetes de mil dólares. Eso serían cien fajos de mil billetes de a mil dólares. Pasmoso: cada fajo, un millón de dólares...».

—On voiture...! on voiture...! —Oyó.

En el acto, el tren comenzó a moverse: ta... ca... tac... tac... ta... tac... ta-tac... ta-tac...

Cerró la puerta de la plataforma, y regresó al compartimento. Juliette estaba sentada, inmóvil. Sólo lo miró. Dodó se sentó junto a ella, y encendió otro cigarrillo.

El tren pasaría por Quillins, Givors. Vienne, St. Vallier, Tournon. Valence... En Valence, seguramente, pararía cinco minutos... No, seguramente sólo uno. El tiempo justo para que se apeasen algunos pasajeros, o tomasen el tren otros.

También pararía un minuto en Vienne, quizá..., pero Vienne estaba demasiado cerca. Debería dejar pasar Vienne, sí, eso era lo mejor. Por lo tanto, le quedaban St. Vallier y Tournon..., donde quizá el tren no pararía.

Y en Valence, ni hablar...

—¿Los has visto?

—Sí —miró a Juliette—. ¿Y tú?

—Por la ventanilla. ¿Cuándo lo vas a hacer?

—A las tres en punto.

—Quizá sería mejor un poco más tarde, para que Abdul Rissal pudiese apearse con la maleta en Valence.

—Yo sé lo que hago.

—Sí, Dodó.

La miró de reojo. ¡Dios, qué bonita era! Beauchamp... Bellocampo, sí; Juliette era cómo un hermoso campo lleno de flores que exponían sus más bellos colores a la luz del sol... tacá-tactac... tacá-tactac... tacá-tactac..., y desde luego, invitaba a tenderse, a descansar en paz, dulcemente, dulcemente, dulcemente... ¿Y qué había hecho él? Pues eso: demostrarse a sí mismo que, en verdad, era el más asqueroso de los pajarracos del mundo...

A las tres menos cinco; se puso en pie.

—Ya vuelvo —dijo.

Juliette le tomó una mano, y lo miró. La luz del compartimento estaba apagada, pero la del pasillo era suficiente para que él viese la inmensa angustia en los brillantes ojos color miel.

—Dodó...

—He dicho que ya vuelvo.

Esta vez no se soltó de un tirón. Estuvo inmóvil, esperando, hasta que ella soltó al mano. Dodó vaciló, pero acabó, por tocar, apenas con dos dedos, la barbilla de Juliette.

—Si no vuelvo, perdóname lo de anoche..., por favor...

Salió del compartimento, y comenzó a recorrer el tren, de vagón en vagón. Llegó al compartimento ocupado por Diplomático 1 y Diplomático 2, y, ahora, lógicamente, por Matón 1 y Matón 2.

La cortinilla estaba, echada, pero por los lados se veía luz. A buen seguro que ninguno de aquellos hombres pensaban dormir ni un segundo aquella noche. O quizá se turnasen, por parejas.

Dodó aspiró hondo.

«Veamos qué tal me sale mi sutil sistema de apoderarme de cien millones de dólares...», pensó.

Quiso abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro. Llamó al cristal, y a los pocos segundos, la puerta fue corrida hacia un lado. Dodó vio al hombre que le miraba expectante, pero hizo caso omiso de él.

Simplemente, entró en el compartimento, saludando.

—Buenas noches.

Cuatro miradas estaban fijas en él. Muy fijas. Diplomático 1 y Diplomático 2 estaban en el asiento de cara a la marcha. Junto a la ventanilla del otro asiento, estaba Matón 2. Junto a él, mirándole fijamente, no poco desconcertado, Matón 1.

Dodó parpadeó, y alzó la mirada hacia las barras para colocar los equipajes. Volvió a parpadear.

—Lo siento —dijo—: me parece que me he equivocado...

Se volvió, como dispuesto a salir al pasillo. Pero, cuando movió la pierna derecha, no fue precisamente para caminar, sino para lanzar el más escalofriante patadón que se pueda imaginar, y que acertó de lleno a Matón 1 entre las ingles.

El hombre quedó de un color parecido al café con leche, pero con mucha leche, y sus facciones se desencajaron... sus ojos parecieron a punto de saltar de las órbitas... mientras Dodó, girando velozmente y dando un paso hacia Matón 2, repetía la operación patada: esta vez, la punta de su flamante zapato de a ciento cincuenta francos el par, dio en la barbilla de la víctima elegida, que gritó un poco, puso los ojos en blanco, mientras parecía que la cabeza fuese a saltar de los hombros, y tras chocar contra el respaldo se precipitaba hacia adelante.

A todo esto, su compañero seguía cayendo, doblado sobre sí mismo, tal era la velocidad de Dodó en su reparto de golpes. Tal increíble velocidad que Diplomático 1, ni siquiera llegó a comprender lo que estaba pasando, porque recibió un puñetazo en la frente que lo hizo rebotar contra el respaldo como muerto, hacia los pies de Dodó, que estaba lanzando un extraño golpe con la mano izquierda, hacia Diplomático 2, el cual comenzaba a ponerse en pie.

El golpe era con la mano extendida, rígida, palma arriba y los dedos hacia adelante. Los dedos se hundieron bajo la barbilla de

Diplomático 2, que emitió un sonido parecido a «¡gggggg...!», puso los ojos en blanco, y se desmoronó, como si fuese un montón de arena, en el asiento.

Después de esto, Dodó, se frotó la nariz, pasó por encima de Matón 1, y cerró la puerta del compartimento, muy satisfecho de su sutilísimo sistema de ir a por cien millones de dólares.

Taca... tactac... taca... tactac... taca...

Miró hacia los equipajes, y distinguió la maleta que, a su juicio, debía contener el dinero. La bajó, y se quedó mirando los solidísimos cierres, y luego el candado de acero.

—¿Qué te parece? —masculló.

Bueno, había que hacerlo por eliminación. En medio minuto, abrió las otras maletas, de cualquier manera, y el maletín. Y puesto que el dinero no estaba ahí, tenía que estar en la maleta del candado. Y cada candado, tiene una llave... Interesante idea.

Encontró las llaves en un bolsillo de Matón 1, pero, el tiempo iba pasando. No podía entretenerse.

Del bolsillo interior de la chaqueta, sacó una funda de espuma elástica, de color negro, y la colocó en la maleta de los millones, de modo que ésta cambió de aspecto; apretó bien las presillas adhesivas, la alisó...

Perfecto. Luego, del bolsillo derecho sacó una etiqueta de la cual pendía un cordelito, con el cual la sujetó al asa de la maleta.

Se disponía ya a salir, cargado con cien millones de dólares, cuando se detuvo en seco.

—¡Ah, ah! —se reprochó.

Les quitó las pistolas a los dos matones, y las tiró por la ventanilla. Demonios, qué frío... La cerró de nuevo, y vio que Matón 1 se estaba moviendo, gimiendo... Le aplicó un espantoso punterazo en la barbilla, que lo envió de nuevo a la región de los sueños y, por fin salió con la maleta al pasillo, tras asegurarse de que no había nadie por allí.

Con toda tranquilidad, emprendió el regreso hacia la cola del tren. Sin embargo, no llegó con la maleta al vagón donde le esperaba Juliette. Iba mirando los compartimentos de segunda clase y, de pronto, se detuvo delante de uno de ellos, cuya cortinilla estaba alzada. Hizo pantalla con una mano para poder ver bien el interior, y asintió, satisfecho.

Abrió la puerta, entró, y colocó la maleta en el espacio libre que había visto. Una dama de unos sesenta años, que se mantenía despierta, y que, en verdad, tenía cara de lechuza, le miraba en silencio, con gesto amable, pero intrigado. Los otros dos ocupantes del compartimento parecían dormidos, a pesar de la incomodidad.

Dodó sonrió de un modo verdaderamente simpático.

—Por lo menos, éstos no roncan.

La *madame* comprendió, y sonrió. Sí, señor, era un fastidio viajar con personas que roncan, así que aquel guapo joven hacía muy, pero que muy bien en cambiar de compartimento.

Estaba en su derecho.

Controlando perfectamente sus nervios, Dodó estuvo dos o tres minutos sentado allí. Luego, sacó los cigarrillos, se puso uno en la boca... y miró a la dama. Sonrió, se puso en pie, y salió al pasillo, donde encendió el cigarrillo. ¡Qué joven tan amable y considerado!

Delante de la puerta, Dodó estuvo unos segundos fumando, y luego comenzó a pasear, distraído, pensativo. Pasó, por segunda vez delante de la mujer..., y ya no volvió. Siguió hacia la cola del tren, y, a los pocos segundos, entraba en el compartimento donde le esperaba Juliette.

Se sentó a su lado, mientras ella le miraba aliviada y como decepcionada.

—No ha podido ser —susurró Dodó.

—Pero...

—¡Y tenemos que bajar de este tren ahora mismo, como sea! Me han visto, y deben estar buscándome.

—¡Oh, Dios mío...! Dodó, ¿qué ha pasado?

—No tenemos tiempo para explicaciones. Ve a esperarme en la plataforma de atrás.

—Pero...

—Haz lo que te digo.

—Sí, Dodó. Iré a avisar a...

—¡No! A él no le conocen, no compliques las cosas.

—Creo... creo que tienes razón...

Juliette salió del compartimento, y Dodó se puso en pie; cogió la maleta de la muchacha, y se fue tras ella, alcanzándola en la plataforma. Miró alrededor, vio el dispositivo de alarma, y, sin vacilar, lo accionó.

El caos.

Aparte del grito de sobresalto de Juliette, el chirrido de las ruedas del tren, los gritos de otras personas, la trepidación del tren, la caída de equipajes, exclamaciones de espanto, de sobresalto...

Dodó ayudó a Juliette a recuperar el equilibrio, y abrió la puerta que daba al exterior.

—¡Afuera! —dijo—. ¡Pronto!

—¡Dodó, no podemos...!

—¡Salta!

El tren terminaba entonces el brutal frenazo, y Juliette no vaciló más. Todavía no había salido ninguna de la asustadas personas de sus compartimentos cuando la muchacha bajaba los escalones, seguida por Dodó, que cerró tras él, la apartó, y saltó a tierra. Se volvió, con la maleta de Juliette en una mano, y alzando el otro brazo.

—¡Vamos, salta!

Ella saltó hacia él, que la sujetó por la cintura, y la depositó en el suelo.

—¡Y ahora, corre!

—Pe... pero..., ¿hacia dónde?

—¡Y yo qué sé! ¡Corre!

Ella se tomó de su mano, y él tampoco protestó esta vez.

Ante ellos, la densa neblina; de la noche encapotada. Hacía un frío terrible, y no sabían hacia dónde corrían ni dónde ponían los pies. Por fortuna, tras ellos, el tren iluminado aclaraba las sombras en muy buena parte, y los primeros doscientos metros pudieron recorrerlos sin grandes tropiezos. A esta distancia, Juliette comenzó a jadear, pero ahora fue Dodó quien apretó con fuerza su mano, y siguió corriendo.

Muy lejos, se oían voces, y silbatos... Aún tardarían unos buenos minutos en comprender que en el tren no había ocurrido nada, y que no había peligro de nada... Era una mala jugada, cierto. Pero, en esa mala jugada, nadie había salido excesivamente perjudicado. Todo lo más, un buen susto, que se aliviaría con un trago de coñac.

—¡Dodó, no... no puedo... no puedo... más...!

Él dejó de correr, y se volvió hacia el tren, que se veía como un gusano de luz en la distancia. Juliette se abrazó a su pecho, y se quedó allí, jadeando, lanzando chorros de vapor. Dodó dejó caer la

maleta de ella, y le pasó los brazos hacia la espalda, cobijándola.

—¿Tienes frío?

—Nnno, pe... puedo... no puedo... respirar...

—¡Cálmate! Pronto estarás bien. Iremos hacia la carretera, y nos las arreglaremos para seguir el viaje de otro modo.

Juliette Beauchamp, asintió, y no dijo nada más. Se dedicó a ir recuperando el ritmo respiratorio... Se movió, al oír un silbato lejano, pero Dodó la mantuvo apretada contra él.

—No es nada —dijo—: el tren sigue su ruta.

Era cierto.

El tren seguía su ruta; el gusano de luz se fue alejando, alejando, alejando...

Y quedaron los dos solos, en la más densa oscuridad, abrazados.

—¿Dónde estamos, Dodó?

—No lo sé con exactitud, pero sí sé que si seguimos en esta dirección, nos vamos a meter de cabeza en el Ródano. Así que tenemos que volver, cruzar la vía y llegaremos a la carretera.

—Sí... Lo que tú digas. No veo nada.

—Tus amigas las estrellas están de huelga. No me extrañaría nada que lloviese muy pronto. Abrígate bien.

—Es que... me he dejado el abrigo en el tren.

—Eres una chica lista —farfulló Dodó—. ¿No llevas en la maleta nada que pueda abrigarte?

—No... Pero llevo un paraguas plegable.

—¡Estamos salvados! —exclamó Dodó—. Si llueve, podemos taparnos. Y si llueve mucho, podemos utilizarlo como embarcación. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Cómo puedes ser tan tonta?

—Es que estaba... estaba asustada por ti...

—Seguramente, eres de las que me esperarían en una estación.

—¿Qué...?

—¡Vete al cuerno! Y ponte esto.

Se quitó la chaqueta, y la ayudó a ponérsela, a pesar de las negativas de ella. Luego de la maleta sacó el paraguas, y se lo puso en un bolsillo. Cerró la maleta.

—Andando, geranio. ¡Y trae acá esa mano!

—Gracias, Dodó..., Ya llueve.

—¡Estupendo! Toma tu paraguas, ábrelo, y veamos si sabes sostenerlo para que no nos mojemos. Se sostiene con la tela hacia

arriba, ¿sabes?

—Sí, Dodó.

—¡Sí, Dodó! ¡Sí, Dodó! ¡Sí, Dodó! ¿No sabes decir otra cosa?

—Sí, Dodó.

Dodó comenzó a refunfuñar, y el agua comenzó a caer con más intensidad. Chip, chip, chip, chip, chip...

Los pies de ambos comenzaban a chapotear.

—¿Estás segura de que esto es un paraguas?

—Sí, Dodó. Pero es muy pequeño.

—No mujer —replicó mordazmente Dodó—; lo que pasa es que somos un par de cabezones, y en lugar de un paraguas, necesitaríamos un toldo... ¿De qué te ríes?

—Me río porque estás contento, Dodó. Me has engañado antes; has conseguido la maleta, ¿verdad?

—Es verdad —admitió él—: la llevo en el bolsillo.

Juliette volvió a reír, y, bajo el diminuto paraguas, se apretó más contra Dodó, que rodeaba sus hombros con un brazo. Chip, chip, chip, chip, chip, seguía lloviendo amablemente, por el momento...

—Debe ser terrible ser ciego, Dodó.

—No hables: se te va a mojar la perla.

—¿La... la perla?

—La perla que tienes por boca.

—¡Oh, Dodó! ¡Gracias!

—De nada. Es que olvidé decirte que detesto las perlas.

—¡Ya lo has estropeado!

—Estupendo:

Chip, chip, chip, chip, chip... Desde luego, era terrible caminar a oscuras completamente. Con un riesgo evidente, además: lo mismo podían estar caminando hacia el este que hacia el norte, sur u oeste.

Pero, a los pocos minutos, ambos tropezaron con la suave elevación del terreno, y, poco después, algo crujía bajo sus pies.

—La vía —dijo Dodó—. Estamos pisando las piedras. Ten mucho cuidado ahora, no vaya a pasar como en las películas, o sea que te tuerzas un tobillo y tenga que llevarte en brazos.

—¡Ay! —gimió Juliette.

—¿Qué te pasa?

—Me he torcido un tobillo.

—Pues nada, hija, ¡a la pata coja! Mira, no es momento de

bromas, ¿sabes? Cuidado, aquí tenemos el primer raíl...

Juliette pasó cuidadosamente por encima del primer raíl, resignada ante el hecho de que Dodó no hubiese caído en la trampa y la tomase en brazos. Pasaron el segundo raíl. Luego, más piedras. Por fin, la vía quedó atrás. Iban directos hacia la carretera. Dodó estaba seguro ahora.

Y en efecto, tres o cuatro minutos más tarde, cuando la lluvia era ya un puro torrente, llegaron a la carretera. Una cosa era segura: de acuerdo a la dirección que llevaban, el norte quedaba a su izquierda, y el sur a la derecha. Sin la menor vacilación, Dodó emprendió la marcha hacia la izquierda, pero Juliette se detuvo.

—Dodó, por aquí volvemos hacia Lyon...

—Ésa es la idea, orquídea. Y yo mando aquí.

—Sí, Dodó.

—Me tienes harto. ¿Cómo va el tobillo?

—Me duele mucho.

—¿De verdad?

—Verás... Sólo quería que me tomases en brazos.

—Mi abuelo siempre me lo decía: «Muchacho, las mujeres están chifladas; pero cuando un hombre llega a comprender esto, las cosas empiezan a irle bien».

—¿Te van bien las cosas conmigo? ¿De verdad, Dodó?

—¡Psé...! Por el momento, parece que tengo posibilidades de tener una villa frente al mar, tres coches y un yate... No es mal principio.

—¿Qué dices?

—¡Que llueve mucho!

En efecto, el rumor de la lluvia era tan fuerte que les impedía oír bien lo que decía el otro. Así que lo mejor era callar. De vez en cuando, daban un paso en falso fuera de la carretera, pero sus pies lo notaban en seguida y volvían al buen sendero.

Y de pronto, por detrás de ellos llegó un resplandor amarillento. Se volvieron, y vieron los dos puntos de luz amarilla.

—Viene un coche —dijo Juliette—. ¡Vamos a hacerle señas para que nos lleven hacia Lyon!

—Tú harás lo que yo te diga: o sea, salir de la carretera.

Siempre con un brazo, sobre los hombros de Juliette, Dodó giró a la izquierda, regresando al barro, volviendo hacia el oeste. En

pocos segundos, el coche llegaba a su altura, aproximadamente, y se detenía.

Dodó presionó en los hombros de Juliette, obligándola a arrodillarse. Acercó su boca a una orejita de ella.

—No digas nada, ¿comprendes? Pase lo que pase.

Al resplandor de las luces del coche, vieron algunas figuras saliendo de éste. Después, muy claramente, otro hombre pasando por delante de las luces. Brilló la luz de una linterna, que se extendió hacia donde estaban ellos.

Una voz llegó hasta ellos. Dodó no entendió nada, pero notó la tensión, súbita en el cuerpo de Juliette.

—No digas nada —volvió a hablar junto a su oído.

Ella cambió su postura, acercando su boquita a una orejota de él:

—Dodó, son omistanos: deben ser amigos de Abdul Rissal, que acuden en nuestra ayuda.

Nuevo cambio de postura.

—Si dices una sola palabra advirtiéndome nuestra presencia, te parto todos los dientes. Y la dentadura postiza te la pagarías tú.

Juliette permaneció callada. En el borde de la carretera seguían oyéndose voces; y la luz de la linterna se movía hacia todos lados. Esto duró apenas quince segundos. Luego, más voces, en tono agrio. Volvieron a ver las siluetas moviéndose, la linterna fue apagada... El coche reanudó la marcha a Lyon.

Otra vez la oscuridad absoluta. Y seguía lloviendo torrencialmente.

—¿Por qué hemos hecho esto, Dodó?

—Porque me gusta caminar bajo la lluvia.

—¿Conmigo?

—No: con tu paraguas. Le estoy tomando cariño.

—¿Qué hacemos ahora? —rió Juliette.

—Sé lo que no vamos a hacer: volver a la carretera. Nos están buscando. Y quizá no sean sólo los amigos de Abdul Rissal. ¿Sabes dónde estamos?

—Aproximadamente.

—Quiero decir que si por aquí hay sembrados, quizá encontremos alguna choza o así. Pero no será mientras siga lloviendo. De modo que nos quedaremos quietecitos aquí,

esperando.

—Esperando..., ¿qué?

—Que pare de llover y el cielo se despeje y aparezcan algunas estrellas. Con sólo esa luz, ya puedo ver hasta mis huellas digitales.

—Pero parece que va a llover toda la noche, Dodó.

—Pues mala suerte.

Pero no llovió toda la noche, ni mucho menos. Media hora más tarde, la lluvia volvía a hacer chip, chip, chip, chip, y otros pocos minutos después, ya no caía ni una gota. Otros diez minutos más tarde, el cielo comenzó a despejarse, y aparecieron algunas estrellas... Pero todo esto era debido al aire que estaba limpiando el cielo de nubes. Allí inmóviles, empapados, los dos comenzaron a tiritar... Mientras tanto, vanos coches habían pasado en ambas direcciones, sin que Dodó pareciese tener la menor intención de aparecer en la carretera para pedir ayuda.

Finalmente, a la luz de las estrellas, caminaron alejándose cada vez más de la carretera. Dodó demostró poseer excelente vista y excelente poder de deducción; encontró una construcción de ladrillos muy pequeña, cuya puerta estaba asegurada con un candado. Pero, con el cañón de la pistola que Juliette llevaba en la maleta, Dodó hizo saltar la cadena, retorciéndola y pudieron entrar. Ajustaron tras ellos, y Dodó accionó su encendedor. Una de las primeras cosas que vio, en una repisa de madera llena de polvo, fue un quinqué de gas. Lo encendió, y se volvió hacia Juliette, que estaba temblando de pies a cabeza, con sonoro choque de sus dientecitos.

—Qué... qué lugar tan... tan sucio —tartamudeó ella.

—Pues busca una escoba y límpialo —gruñó él.

Para su sorpresa, había allí una escoba, hecha con ramas y un palo. Pero, desde luego, Juliette no parecía tener la menor intención de utilizarla. También habían sacos vacíos, balas de paja, herramientas agrícolas, latas vacías...

—Lo mejor será que te cambies de ropa —dijo Dodó.

—No... no tengo otra...

—Sí, mujer. Por poco que lleves en la maleta, será mejor que quedarte así. Lo importante es secarse.

Deshizo dos balas de paja, que extendió en gruesa capa en un rincón de la caseta, y luego fue reuniendo sacos vacíos, uno de los

cuales tiró hacia Juliette, que estaba ya casi desnuda.

—Sécate un poco con esto.

—¿Con... con este... saco...?

—Sí. Y hazlo con fuerza: no sólo te secarás, sino que tu carne reaccionará. Vamos, Beauchamp, déjate de tonterías. Hay que aceptar lo que tenemos. Por cierto: a ver qué tenemos.

Abrió la maleta de ella, y comenzó a sacar prendas íntimas. Se volvió a mirar irónicamente a la muchacha.

—¡Vaya...! El ratoncito no podría reprocharte nada a ti. Ponte estas cosas, envuélvete en un saco, y tiéndete en la paja. ¿Quieres que me vuelva de espaldas?

—No me importa, Dodó...

Dodó se volvió de espaldas y continuó arreglando la «cama». Luego se quitó sus ropas, se envolvió también con un saco, y miró a Juliette, que yacía sobre la paja, envuelta en un saco, temblando. La tapó con paja y más sacos, se tendió él y realizó la misma operación.

—Por lo menos —dijo— es más divertido que el Grand Hotel, ¿no te parece?

—Tengo mucho frío, Dodó.

—Acércate un poco más. Procuraremos... —La luz del quinqué creció, tembló... y se apagó—. Maldita sea mi estampa: ¡Tenía que terminarse el gas precisamente ahora! ¿Dónde estás?

—Aquí, Dodó.

—¡Bien...! Dentro de poco estarás mejor. Deben ser las cuatro, así que no tardará más de dos horas en amanecer. Entonces saldremos de aquí, volveremos a la carretera, y es de suponer que algún amable automovilista nos llevará hasta Marsella. Desde allí, iremos a Niza... ¿Sabes dónde encontrar a Rissal en Niza?

—Sí.

—Estupendo. ¿Cómo va el frío?

—Tengo... un poco menos. Dodó...

—¿Sí?

—Háblame de las estrellas, y de que iremos juntos a una de ellas. Dime cosas tan bonitas como anoche, cuando estabas borracho. Por favor Dodó, dime cosas de esas.

—¿Para qué?

—Me gustan. Yo te quiero, Dodó.

Dodó tardó mucho en responder. Por un pequeño ventanuco veía un poco de cielo, y algunas estrellas. El silencio era absoluto, y parecía que estuviesen en el principio y el fin del mundo. A su lado, buscando calor, notaba la presencia de Juliette, tan dulce, tan hermosa... Acababa de decirle que le quería. Le quería... ¿a él?

—Cierra el pico —masculló, por fin.

CAPÍTULO VI

¡Kikirikíiiiiii!

Dodó abrió los ojos y se sentó rápidamente sobre la paja. A su lado, envuelta en sacos, Juliette se agitó, parpadeó... y se quedó mirando el rectangular rayo de sol que entraba por el ventanuco.

—Ya es de día —dijo Dodó.

Ella le miró y sonrió.

—Buenos días, Dodó.

—Buenos demonios —masculló él—. Vamos a ver cómo están nuestras ropas, y salgamos de aquí. Me pregunto qué hace un gallo por estos lugares.

Se puso en pie, fue a abrir la puerta y respingó al ver, a menos de trescientos metros la casa, con lo que quedaba explicada la presencia de un gallo por aquellos lugares. Alrededor de ella, una gran extensión de terrenos llanos, con sembrados. Estuvo casi un minuto reflexionando. Acabó por asentir con la cabeza y se volvió hacia la muchacha, que lanzó un gritito y se cubrió con un saco instintivamente.

—Perdona.

—¡Oh! Ha sido una tontería por mi parte, Dodó. Puedes mirar, si quieres.

—Es muy temprano. ¿Cómo están las ropas?

—Muy húmedas.

—Claro... Bueno, calculo que debemos estar cerca de St. Vallier, así que podemos parar un coche en la carretera y que nos lleve allá. Todavía me queda dinero, así que compraremos ropa y ya nos arreglaremos para llegar a Niza. Desde luego, hay que largarse de aquí antes de que la gente de esa casa nos vea y empiecen a hacer preguntas.

—Sí, Dodó.

—Oye —se volvió él—, no empecemos, ¿eh?

—Estás muy gracioso envuelto en ese saco.

—Y tú estás ridícula en sujetadores y eso.

—¿Ridícula? ¡Pero, Dodó, yo soy muy bonita!

—¡Bah..., bah..., bah..., bah...! Ponte tu modelito y terminemos esta juerga.

—¿Qué juerga? —refunfuñó Juliette.

Dodó le dirigió una torva mirada y procedió a ponerse sus ropas que, en efecto, estaban húmedas. Poco después salían de la pequeña construcción destinada a contener herramientas, y mirando hacia la casa, comenzaron a alejarse de ésta.

Llegaron a la carretera y, a partir de ese momento, las cosas fueron sucediendo tal como Dodó había proyectado. Primero, un muchacho que conducía una destartalada camioneta 2CV los llevó a St. Vallier, donde compraron ropa. De St. Vallier a Valence fueron en el «Peugeot 404» de un comerciante muy simpático y amable, pero que hablaba tanto que cuando llegaron a Valence les dolía la cabeza. Para entonces, eran casi las once de la mañana. A las doce menos diez, después de haber almorzado en Valence, tomaron el tren, que alrededor de las siete, hacía su entrada en Marsella. Y en Marsella tomaron uno de los autocares de la SNCF que iba a Niza, adonde llegaron a las nueve y media. Finalmente, en taxi, se dirigieron a la Avenue des Diables Bleus, casi al principio de Grande Corniche. Se apearon delante de una casa de dos plantas, delante de la cual había un insignificante jardín muy descuidado, y cargando Dodó con la maleta de Juliette llena de ropas húmedas y prendas interiores de la muchacha, fueron hacia la puerta.

Dodó llamó y miró fijamente a Juliette.

—Espero que recuerdes bien todo lo que te he dicho.

—Sí, Dodó. Pero debes de estar equivocado.

—Sería una de esas equivocaciones que tienen fácil solución. Mientras tanto, cuidado con lo que dices.

—Sí, Dodó.

—No me gustaría tener que...

La puerta se abrió. Apareció un árabe que por un instante se sorprendió. Luego se quedó mirando estupefacto a los visitantes; estaba completamente atónito.

—¿No está Abdul? —preguntó Juliette.

El árabe se apartó, en silencio. Cerró la puerta y señaló hacia el

interior de la casa. Llegaron a una sala amueblada confortablemente y allá, Abdul Rissal y otros dos árabes se los quedaron mirando con la boca abierta.

—Buenas noches, Abdul —sonrió Juliette.

—¡Señorita Beauchamp! —aulló Rissal—. ¿De dónde salen ustedes?

—Hemos estado navegando toda la noche —dijo Dodó.

—¿Navegando? ¿Qué quiere decir?

—Pues eso. ¿Tiene algo para cenar?

Abdul Rissal hizo una seña a uno de sus hombres, que salió a toda prisa de la sala. Luego miró la maleta que llevaba Dodó, pero cuando alzó los ojos hacia éste. Dodó movió la cabeza negativamente.

—No —dijo—. El dinero no está en esta maleta.

—¿Dónde está? —Rissal miró a Juliette—. Señorita Beauchamp, ¿qué significa esto? ¿Dónde está el dinero?

—Yo no lo sé, Abdul —replicó la muchacha.

—Además —dijo Dodó—, usted ni siquiera sabe si tengo el dinero.

La mirada del árabe pareció congelarse. Ladeó la cabeza, entornó los párpados... Parecía estar pensando muy bien lo que iba a decir.

—Señor Dodó, nos consta que usted tiene el dinero, porque en Valence vimos a los diplomáticos de... Tontilandia apearse del tren, acompañados de otros dos hombres. Y ninguno de ellos llevaba maleta alguna. Además, estaban pálidos y muy furiosos. Estoy seguro de que fueron a alquilar un coche, o a robarlo si era necesario, porque los implicados en este asunto comprendimos que la detención del tren fue una maniobra de usted para abandonarlo... llevándose el dinero, naturalmente. Nosotros también les estuvimos buscando.

—¿Alquilaron otro coche?

—Más sencillo, señor Dodó. Paralelamente al tren, algunos de mis amigos viajaron en un coche, y en cada estación esperaban para recogerme con la maleta. En Valence yo también bajé del tren y nos dedicamos a buscarles.

—Fue una lástima que no nos encontrasen —dijo plácidamente Dodó—. Nos habrían ahorrado bastantes malos ratos. Pero, en fin,

aquí estamos.

—Ya lo veo... Pero sin el dinero.

—No se preocupe por el dinero: lo tendrá a su debido tiempo. Hablemos ahora de Ornar El Selim... ¿Sigue queriendo que lo mate?

—¡Claro que sí!

—¡Vale! Mañana nos ocuparemos de eso. Ahora cenaremos, nos acostaremos en confortables lechos y mañana será otro día.

Abdul Rissal miraba con mal contenida ira a Dodó y a Juliette.

—Señor Dodó, estoy intentando no perder mi... amabilidad. Ignoro qué valor le da usted al dinero, pero quiero recordarle que estamos hablando de cien millones de dólares.

—No se preocupe; están en lugar seguro.

—¡En lugar seguro...! ¿Qué lugar es ése? Señorita Beauchamp..., ¿qué clase de jugada es la de ustedes? ¡Nos ha decepcionado usted..., es más, nos ha engañado! ¡Si usted y ese hombre son cómplices que pretenden...!

—Piense bien lo que va a decir, Abdul —susurró Juliette.

—¡Emmm...! Está bien, perdone. Es que no entiendo muy bien todo esto.

—Yo se lo explicaré con mucho gusto —Dodó se dejó caer en un sillón y encendió un cigarro—. Desde un principio, hay una cosa que está muy clara, Rissal: la persona que vaya a matar a Ornar El Selim tiene poquísimas posibilidades de escapar con vida, ¿no es así?

—Es un riesgo del que ya se le ha advertido a usted.

—Sí, es cierto. Beauchamp fue muy clara en esto. Yo entiendo que la persona más amiga de ustedes, que está siempre tan cerca de El Selim, que se entera de todo, podría matarlo. Pero, indudablemente, no saldría con vida del palacio... En este caso, de la villa que El Selim está ocupando no muy lejos de aquí. Entonces, usted ha decidido pagar cien mil dólares y no correr el riesgo de que esa persona sea ejecutada. ¿Es así, señor Rissal?

—Desde luego.

—Muy bien. Usted, por los motivos que sea, no quiere que esa persona que está traicionando a El Selim en beneficio de ustedes sea decapitada. Yo comprendo eso y lo apruebo. Es tan razonable... Pero mi postura no es menos razonable que la de usted, señor Rissal: yo también quiero vivir.

—Es lógico —se desconcertó Rissal—, pero..., ¿qué tiene que ver eso con...?

—Espere. Una cosa es cierta: yo voy a matar a Ornar El Selim como sea, puede darlo por muerto. Ahora bien, mi vida es importante para mi, aunque sólo sea un pájaro repugnante. Por lo tanto, he decidido conservarla a toda costa. Y he pensado lo siguiente: iré allí, mataré a Ornar El Selim y escaparé. Pero, si no fuese posible escapar, compraría mi vida.

—¿Quéeeeeee...?

—Si después de matar a El Selim sus hombres me detienen, les ofreceré cien millones de dólares por mi vida. Y estoy seguro de que no hay fidelidad que resista cien millones de dólares.

—¡Por Alá...! —jadeó Rissal—. ¡Usted pretende utilizar mi dinero para salvaguardar su vida!

—Ese dinero todavía no es suyo, Rissal. Por el momento, es mío. Si salgo con vida y sin tropiezos de la villa de El Selim, le entregaré los cien millones de dólares y me quedaré mis cien mil. Y le deseo mucha suerte en sus patrióticos proyectos. Pero si me detienen... Si me detienen me temo que todo lo que habremos conseguido será la muerte de Ornar El Selim, porque yo entregaré los cien millones a cambio de mi vida. Yo pierdo cien mil dólares y ustedes cien millones, pero, al menos, ustedes tendrán el camino libre para dirigir su país de un modo más humano y yo seguiré volando por este cochino mundo. No me diga que mi postura no es razonable. No... No mire a Beauchamp; ella no sabe dónde he escondido el dinero, se lo aseguro.

—Pero usted sí —deslizó fríamente Rissal—. Y podemos obligarle a decírnoslo.

Una sonrisa fría, desdeñosa, casi insultante, apareció en la boca de cepo de Dodó. No dijo nada, pero su expresión fue tal, que todos los presentes comprendieron la firme voluntad de aquel hombre de no decir dónde estaba el dinero, pasara lo que pasase.

—¿Se da cuenta de lo que está haciendo? —murmuró Rissal—. ¿Qué pasará si en lugar de apresarlos, los matan, sin darle tiempo a nada? Todos perderemos el dinero, ya que sólo usted sabrá dónde está.

—Más habría perdido yo.

Abdul Rissal estuvo unos segundos mirándolo fijamente. Luego

miró a Juliette, que estaba un poco pálida.

—En ese caso —susurró por fin—, lo único que podemos desear es que todo le salga bien a usted.

—Muchas gracias... —sonrió irónicamente Dodó—. Bien..., ¿qué hay de esa cena? ¡Ah! Otra cosa: cualquier accidente que pueda ocurrirle a Beauchamp sería considerado por mí como una desgracia muy personal. ¿Me comprende, Rissal?

—Es usted quien no nos comprende a nosotros, señor Dodó —farfulló el árabe—. Nos está tratando como... si fuéramos sinvergüenzas que sólo piensan en su beneficio.

—Rissal, me gustaría equivocarme con ustedes. Ojalá, porque todo el mundo está tan podrido que conocer a personas como usted y como Beauchamp, que se arriesgan en beneficio de otros, es como una brisa llena de perfume de flores. Pero no quisiera que volvieran a engañarme. Ya no más —susurró—. ¡Ya no más, por Dios! O por Alá, si lo prefiere.

—Es usted un desengañado, un amargado...

—Y usted un tío listo. ¡Qué perspicacia, qué sagaz penetración la suya, para haberse dado cuenta de eso! ¿Y la cena?

Abdul Rissal salió de la sala. Poco después regresaba con otro árabe, portando algo de comer. Dodó y Juliette cenaron, muy ligeramente, y luego fueron instalados en los dormitorios del piso alto.

Poco después, Dodó estaba ya en la cama, dispuesto a resarcirse de la falta de sueño de la noche anterior, cuando la puerta se abrió y Juliette entró, decididamente, en camisa de dormir. Dodó se incorporó sobre un codo.

—¿Y ahora? —masculló.

—Vengo a darte las gracias, Dodó.

—¿Las gracias? —se sorprendió él—. ¿Por qué?

—Por haber dicho que cualquier accidente que yo sufriese lo consideraría una desgracia personal.

—¡Ah, eso...! Bueno, de nada.

Juliette se sentó al borde de la cama y pasó una mano por los cabellos de Dodó.

—¿Sentirías mucho que me ocurriese una desgracia?

—Psé.

—¿Eso quiere decir que si o que no?

—Psé.

—Hace mucho tiempo que te amo, Dodó.

—Es un chiste mejor que el de la vaca. Así que: ¡je, je, je!

—Es verdad, Dodó.

—Mira, nena, ¿sabes quién me ama a mí de verdad? Mi madre. Después de ella, todo ha sido mentira. En cuanto a ti veamos cómo están las cosas... Dices que me amas, y en cambio, vienes a contratarme para un trabajo en el que tengo todas las posibilidades de morir. ¿Eso es amar?

—Dodó, sé que tú no vas a morir. Sé muy bien de lo que eres capaz, y tengo el convencimiento de que lo harás todo bien. No temo por tu vida. Y por lo tanto, me las arreglé para que te contrataran a ti para convencerte a ti mismo de que todavía puedes ser útil, y que aún quedan cosas buenas por hacer en el mundo... No todos quieren engañarte, Dodó.

—Me conformaría con que hubiese una sola persona que no quisiese engañarme... —susurró él—. Y si vas a decirme que esa persona eres tú, olvídalo. Cuando hay en juego cien millones de dólares todo el mundo suelta un chorro de mentiras. Las que sean necesarias. Estoy muy cansado, crisantemo, buenas noches.

—Te amo, Dodó.

—Será muy dulce dormirse con ese pensamiento.

—¿Tú no me amas a mí?

—Por suerte para ti no.

—Entonces... —Tembló la voz de Juliette—, ¿me vuelvo a mi cuarto?

—A menos que prefieras dormir en el tejado... Lo cual no es ninguna tontería: estás hecha una linda gatita, pimpollo. Pero, por favor, ve a maullar a otro sitio.

Juliette Beauchamp había bajado la cabeza, y permanecido así unos segundos, muy pálida. Luego, sin decir más salió del dormitorio de Dodó. El cual volvió a tenderse en la cama y se quedó con la mirada fija en el techo.

Estuvo así un par de minutos. Luego, apagó la luz y se dispuso a dormir, pensando que tenía que concentrarse en una sola cosa: asesinar a Ornar El Selim.

CAPÍTULO VII

Ornar El Selim estaba de pésimo humor, como todo el día anterior, cuando recibió el anuncio de la visita de la señorita Juliette Beauchamp y otro empleado de Omistán en París.

—¿Y qué es lo que quieren? —preguntó el secretario, que había pedido audiencia.

—Aseguran que han sido enviados expresamente desde París para ponerse a su disposición, Gran Emir.

—Yo no he pedido a nadie que se ponga a mi disposición... y recuérdeme que, cuando volvamos a Karmah les corte la lengua a los idiotas que han informado de mi viaje a nuestra embajada en París. Nadie entiende nada; nadie hace nada bien... Como esos imbéciles que tenían que traerme el dinero ayer, y que en lugar de hacerlo, me envían un telegrama aplazando la firma del Tratado para dentro de tres días.

—Quizá no sea tan fácil, reunir cien millones de dólares, señor.

—Tonterías... Son todos unos cretinos.

—Sí, Gran Emir. ¿Traigo a tu presencia a los visitantes?

—Está bien. No tengo por qué se descortés... Tráelos.

—La mujer es muy bonita... —sonrió el secretario.

Ornar El Selim encogió sus rechonchos hombros. ¡Mujeres bonitas! ¡Bah! En realidad, estaba harto de mujeres bonitas: tenía un montón. Claro que era en ciertos momentos cuando su compañía resultaba muy agradable, pero por lo demás, las mujeres le parecían a Ornar los seres más estúpidos de la Creación...

De nuevo a solas en el magnífico salón de la lujosa villa, sentado sobre un montón de almohadones, Ornar miró hacia el jardín por la gran puerta-ventana abierta de par en par.

Desde allí se veía la zona de la piscina, y alrededor de ella, siempre con sus grititos idiotas, las pocas esposas que había tenido la debilidad de llevarse para aquel viaje. Reían como auténticas

idiotas, se tiraban agua y flores y bebían sin parar aquella porquería de bebida refrescante.

«Sin embargo —solía reflexionar Ornar en momentos de mejor humor—. Alá es sabio, así que las mujeres deben tener un buen motivo para existir. Por ejemplo, tener hijos. Y proporcionarme placer, claro...».

Después de esto, las reflexiones de Ornar El Selim quedaban siempre estancadas, porque no encontraba ningún otro motivo por el que las mujeres tuviesen que existir. Cuando pensaba que los europeos y los americanos admitían que ellas eran iguales que ellos, se le ponía de punta el vello del pecho. Estaban locos, por supuesto. Completamente locos. Aunque esto, a los ojos de Alá, no era demasiado malo...

¿Y aquellos imbéciles? ¡Tres días de retraso en entregar el dinero! Los esperaba el día anterior y le envían el telegrama dando noticias del aplazamiento. Y total por cien millones de dólares... En fin, lo mejor era aceptar las cosas como estaban... Y de todos modos, no se estaba tan mal en Niza. Desde allí, desde aquella hermosa villa que había comprado hacía años, veía el Mediterráneo, siempre azul, y eso le gustaba. Le gustaba también pasear por entre los pequeños bosquecillos de pinos de la villa, por entre los rosales... Aquella villa era como una pequeña isla celosamente vigilada por sus guardias personales. Era... un mundo aparte, diferente al de su palacio de Karmah: el sol era más benévolo, había más agua, muchos árboles, muchas flores...

Pero, en definitiva. Ornar El Selim no estaba en ninguna parte tan bien como en su palacio, con vistas a las áridas tierras de su estéril país. Y además, allí era el Gran Emir. En cambio, en Francia, era un tipo curioso cargado de dinero, y nada más. Aún peor: la mayoría de las personas europeas con las que hablaba, se quedaban mirándole, sonriéndole cortésmente, cuando les mencionaba Omistán. No decía nada, pero Ornar adivinaba sus pensamientos: «¿Omistán? ¿Qué es eso y dónde está?».

Oyó las pisadas y miró hacia la puerta. Hacía un hermoso día, el sol relucía y en el gran salón entraba un sol suave, y el olor de los pinos... y las risas de sus mujeres, en la piscina.

Bien pensado, no tenía por qué estar de mal humor.

Los visitantes aparecieron y la mirada de Ornar fue

inmediatamente hacia la mujer. Y entonces Ornar se dio un tironcito de su barbita gris. ¡Hola, hola! ¡Jeffar había dicho la verdad! ¡Era muy bonita! Tan bonita; que Ornar alargó una de sus gordezuelas manos, tomó los lentes que había dejado sobre un almohadón y se los puso. Vaya que sí, una auténtica hurí del paraíso. Luego, Ornar miró al hombre, y su ceño se frunció, porque la primera sensación que le produjo el rubio personaje fue la de un tigre caminando cautelosamente por una parte de la selva que desconocía. Y era muy alto, y muy fuerte... Cuando lo tuvo ante él, Ornar vio perfectamente los ojos claros. Sí, como los de un tigre.

—Gran Emir, la señorita Juliette Beauchamp y el señor Dodó, de nuestra embajada en París.

Los visitantes se inclinaron con respetuosa cortesía, y Ornar El Selim sonrió paternalmente.

—Les estoy muy agradecido por su atención —dijo en impecable francés—. Sean bien venidos.

—Gracias, Gran Emir... —sonrió también la muchacha—. Estamos a su disposición para procurarle una estancia lo más grata posible en Francia.

—Alá os colme de bienes por vuestra bondad —casi masculló Ornar—. Siéntense, por favor. Jeffar, busca unas sillas para nuestros invitados.

—Preferimos los almohadones —dijo Dodó—. ¿Verdad, hortensia?

—Si, Dodó.

Ornar El Selim parpadeó: Luego, sonrió muy cortés y señaló a ambos lados de él. Pero la pareja fue a sentarse, juntos, a su derecha, ante la expresión un tanto mosqueada del secretario. Por su parte, Ornar contempló con benevolencia a los visitantes.

—Hay un montón de chicas guapas ahí fuera —dijo Dodó.

Jeffar respingó y Ornar entornó los ojos.

—Son mis esposas... Algunas de ellas.

—¡Ah! ¿Y las otras?

—Se quedaron en casa.

—¡Caracoles, Excelencia! Es usted un hombre afortunado...

—Gran Emir —corrigió Jeffar.

—¿Qué? —Lo miró Dodó, desconcertado.

—No es Excelencia; es Gran Emir.

—No importa —sonrió Ornar—: ¿Por qué soy un hombre afortunado?

—Vaya... Tiene un país para usted solo, las mujeres más bonitas de ese país, un palacio, un yate, una villa en Niza, varios coches... Y aunque está un poco gordo, parece gozar de buena salud.

Juliette se mordió los labios y Jeffar palideció. Ornar El Selim se dedicó a contemplar con creciente curiosidad al tigre rubio.

—Alá ha sido generoso conmigo —admitió apaciblemente—. Pero no soy el único hombre que goza de sus favores. Usted también tiene una compañera... muy bonita.

—Se la cambio por las demás —dijo rápidamente Dodó.

Juliette se estremeció y Jeffar pareció al borde del desmayo. Pero Ornar El Selim soltó una carcajada formidable.

—¡Amigo mío, no sabe usted lo que dice! —exclamó—. ¡Una situación como la mía no podría soportarla un hombre que no fuese árabe!

—En mi situación quisiera verle, Gran Excelencia —farfulló Dodó—. Pero bien cierto es que ninguno estamos conforme con lo que tenemos.

—Cierto —admitió Ornar riendo por lo de Gran Excelencia—. ¿Qué le gustaría tener a usted?

—Esta villa, su yate y los tres coches.

—Las mujeres, ¿no?

—¡Psé...! Las mujeres puedo encontrarlas por ahí, hay muchas en todo el mundo. ¿Quiere que le traiga unas cuantas?

Jeffar se adelantó, demudado, mientras Ornar reía.

—Bien —tartamudeó el secretario—. El Gran Emir les agradece su visita y les...

El Selim hizo una enérgica seña, sin dejar de mirar a Dodó.

—Ve a buscar algo de comer y beber, Jeffar... Salvo que la señorita Beauchamp y el señor Dodó tengan otro compromiso, claro...

—Se está muy bien aquí —negó Dodó—. Pero, desde luego, no quiero leche de cabra. ¿Por qué no hablamos de política?

Jeffar casi lanzó un alarido, pero Ornar volvió a hacer señas, enviándolo fuera. Tuvo que insistir por tercera vez, para que su secretario principal obedeciese. Y cuando ya hubo salido, Ornar sonrió de nuevo.

—¿Le gusta hablar de política, señor Dodó?

—Me repugna. Pero a veces es necesario, Gran Excelencia de los Emires.

—¿Ahora es necesario? —entornó los ojos Ornar.

—Es un momento tan malo como otro cualquiera —encogióse de hombros Dodó—. ¿Y qué, Gran Emirato? ¿Cómo van las cosas por su miserable país?

—Dodó, por favor... —gimió Juliette.

—Oye, flor de higo chumbo, estoy hablando con Su Eminencia, no contigo. Si no te gusta mi palique, vete a tomar el sol.

—Santo cielo... —Juliette miró a Ornar demudada—. Por favor, Gran Emir, le ruego que disculpe...

—No se preocupe —dijo suavemente Ornar—. En realidad, en seguida he comprendido que el señor Dodó no es precisamente un diplomático. ¿Tampoco usted?

—Sí, sí... Yo trabajo en la embajada de París...

—¿Y él...?

—Yo soy un millonario americano, un poco excéntrico, que he sobornado a su empleada, Emir Grandioso —dijo Dodó.

—¿La ha sobornado? —Ornar sonrió amablemente—. Espero que, al menos, la haya pagado bien.

—Lo suficiente para que ella no pase hambre si usted la despide de la embajada de París.

—Señor Dodó, aunque usted no lo crea, mi vida resulta más bien monótona y aburrida... La señorita Beauchamp, al traerle a usted aquí, me ha proporcionado unos minutos de distracción, ya que usted es un hombre en verdad notable. Resulta distraído conversar con usted, especialmente teniendo en cuenta que soy un hombre de carácter... sociable y amistoso. Su modo de mirar me causa un poco de inquietud, pero en el fondo, me resulta simpático. No... No pienso despedir a la señorita Beauchamp, pero me gustaría saber cuál es el objetivo de usted al venir a verme.

—Quiero comprar esta villa. Hace algunas semanas que la vengo mirando, y me gusta. Hice averiguaciones, busqué contacto con Beauchamp y llegamos a un acuerdo: cien mil dólares por facilitarme una entrevista con usted.

—No se olvide de pagarlos. En cuanto a mi villa..., ¿cuánto ofrece usted?

—¿La vendería?

—Si el precio es interesante, sí. Y ambos sabemos muy bien a partir de qué cantidad sería interesante el precio. No haga usted como otras personas... espabiladas, que pretenden abusar de mi situación.

—¿Qué quiere decir? ¿Cuál es su situación?

—Muy mala, señor Dodó. No la mía personal, pues tengo algo de dinero en Suiza, como todo jefe de gobierno. Pero mi país va cada día peor y yo necesito dinero para invertir en él. Ya tengo otro pequeño negocio en marcha, pero unos cuantos millones más no estorbarán. Estoy dispuesto a desprenderme de todo lo mío para intentar mejorar las condiciones de vida de mis súbditos. Pero, por favor, no pretenda abusar, pues mi respuesta sería negativa. ¿Cuánto ofrece?

—Dos millones de dólares.

Ornar El Selim sonrió muy cortésmente.

—Buenos días, señor Dodó: ha sido divertido conocerle.

—¿Tres? —deslizó Dodó.

—Lamento que no puedan quedarse a almorzar conmigo —movió la cabeza Ornar.

—¿Cuatro?

Ornar El Selim miró a Juliette.

—Señorita Beauchamp, puesto que trabaja usted en mi embajada en París, supongo que conoce el idioma omistano; pero estoy pensando que quizá le gustaría perfeccionarlo: la invito a pasar en mi palacio de Karmah unos cuantos días durante el invierno. Le gustará.

—Gracias, Gran Emir —musitó Juliette, comenzando a ponerse en pie—. Vamos, Dodó.

—¿Cinco? —sugirió Dodó, mirando muy fijamente a Ornar.

—Señor Dodó —le miró el árabe—: solamente valorando los terrenos de esta villa para hacer en ella una urbanización de lujo, cinco millones serían un precio ridículo. Pero quizá con esa cantidad y algo más podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Qué es «algo más»?

—Cinco millones en efectivo, inmediatamente. Y el compromiso, por parte de usted, de enviarme a Omistán cincuenta tractores agrícolas, diez ingenieros agrónomos con sueldos pagados durante

dos años, y veinticinco médicos norteamericanos dispuestos a curar y a enseñar a curar durante tres años en Omistán.

Ornar El Selim ya no sonreía. Tampoco sonreía Dodó, ni mucho menos, Juliette. Estos dos cambiaron una mirada, y luego, Dodó quedó pensativo casi un minuto, antes de volver a mirar a Ornar y musitar:

—¿Puedo ver bien la villa? —musitó el tigre rubio.

—Naturalmente.

—Lo digo porque mientras veníamos hacia la casa en el coche que hemos alquilado, hemos visto por entre los árboles y flores algunos hombres que me han preocupado un poco... Supongo que son guardaespaldas de usted.

—Son mi guardia personal... —anunció suavemente Ornar—. Pero no debe temer nada de ellos, señor Dodó: serán avisados.

—¿Y no sería mejor que usted y yo nos diésemos una vuelta por los jardines y los bosquecillos..., mientras Beauchamp charla con sus bellas esposas, Gran Emir? Así podré ir haciéndole preguntas y enterarme de cosas que quizá solo no comprendería.

—Me parece acertado —asintió Ornar—. Y será conveniente para mí dar un paseo, antes de almorzar.

Cuando usted guste.

El ultimo en ponerse en pie fue Ornar, que señaló hacia la abierta puerta-ventana. Por allí salieron a la terraza de rojo mosaico, delante de la cual se extendía la gran porción de césped, en cuyo centro, rodeada de sombrillas y pinos, estaba, la piscina... Las risas de las mujeres de Ornar cesaron, al aparecer los tres.

El árabe se dirigió a Juliette, sonriendo.

—Si le parece, podría empezar a perfeccionar nuestro idioma ahora mismo, señorita Beauchamp. Estoy seguro de que mis esposas estarán encantadas de conversar con usted. Hábleles de París —Ornar frunció simpáticamente el ceño—, pero no demasiado, ¿comprende?

—Comprendo —dijo Juliette—. Hasta luego.

—Hasta luego, señorita Beauchamp. Oh, naturalmente, está ya decidido que almorzarán con nosotros, ¿verdad? Bien, señor Dodó, empecemos rodeando la casa. Como usted ve, su construcción...

Juliette se dirigió hacia la piscina, siendo bien acogida por las morenas bañistas, que, lo primero que hicieron, fue proporcionarle

un bikini.

Y después, Juliette Beauchamp, mientras contaba divertidas cosas a las jóvenes y lindas esposas de Ornar El Selim, estuvo mirando a éste y a Dodó, que caminaban uno junto al otro, muy serios, charlando reposadamente, dando Ornar explicaciones que parecían ir convenciendo al pájaro repugnante...

CAPÍTULO VIII

—Está loco —jadeó Abdul Rissal—. ¡Usted está completamente loco, Dodó! ¡Si hubiese sabido que su objetivo de ésta mañana era visitar a Ornar, no les habría permitido salir de esta casa!

—Tranquilícese —dijo Dodó, mirando el humo de su cigarrillo—. Yo sé muy bien lo que hago.

—Lo dudo mucho. ¡Lo único que ha conseguido con eso, ha sido darse a conocer!

—¿Y qué? Ellos me conocen a mí, ciertamente, pero yo conozco perfectamente la villa, ahora. Podría pasear por ella con los ojos cerrados. Y sé muy bien cuál es el mejor sitio para entrar y cuál es el mejor para salir, una vez haya matado a Ornar El Selim.

—¡Ese hombre tendría que estar ya muerto!

—¡Hombre, claro...! Tiene doce guardias en la villa. ¿Cree que yo habría salido vivo de ella si le hubiese matado esta mañana? En cambio, ahora, puedo hacer las cosas a mi manera. ¡Y volveré!

Abdul Rissal se pasó una mano por la cara. Como él, sus compañeros miraban fijamente a Dodó, y, a juzgar por sus expresiones, no lo consideraban precisamente cuerdo. Juliette permanecía de pie ante la ventana, de espaldas a ésta, mirando también a Dodó, que era el que más tranquilo parecía, cómodamente sentado en un sillón, fumando.

—Todo esto ha sido un error desde el principio —murmuró Rissal—. Pero supongo que ya no tiene remedio. Hágalo; como quiera, pero hágalo. Y antes de tres días. Es decir, de dos días, pues para entonces, los de... Tontilandia, habrán conseguido otros cien millones de dólares, y vendrán a entregárselos a Ornar. Y esta vez, viajarán con muchas más precauciones.

—Lástima... Me gustaría robar otros cien millones de dólares —sonrió Dodó—. ¿Cómo, sabe usted que los de Tontilandia van a volver con otros cien millones?

—Le enviaron un telegrama a Ornar en ese sentido. Evidentemente, no quieren asustarlo, y han preferido perder cien millones. De todos modos, por otra parte, es evidente que agentes del servicio secreto de Tontilandia tienen que estar buscándole a usted por toda Francia..., quizá por toda Europa.

—Entonces, tendré que darme prisa. ¿Cómo sabe usted eso del telegrama que ha recibido El Selim...?

Espere, no me lo diga: ¿se lo ha dicho esa persona que siempre está cerca del árabe gordo?

—Claro.

—Claro... Bueno: mataré a Ornar El Selim, esta misma noche.

—¿Cómo lo hará?

—Lo haré...

—Sí, sí, pero..., ¿cómo?

Dodó miró a Juliette, que estaba pálida.

—Díselo, Bellocampo.

La muchacha movió negativamente la cabeza.

—Yo tampoco lo sé, Dodó. Pero —miró a Rissal— si él dice que lo hará, es que lo hará, Abdul. Y volverá. Dodó nunca ha fallado en nada.

—Te equivocas —cortó secamente Dodó—: Sí he fallado una vez.

—No. No fue un fallo tuyo, Dodó. Quiero que lo sepas ahora, por fin: tengo un hermano que está trabajando en el SDECE, el servicio de contraespionaje francés, y por él sé muy bien todo lo que te concierne, desde hace tiempo.

—No me habías dicho eso...

—Pero sí te dije desde el primer momento que sabía todo lo que a ti se refería. Por eso, y por razones personales, te elegí...; quise que pudieras volver a hacer algo; que comprendieses que la vida no terminaba para un hombre por el simple hecho de...

—Está bien, no tienes por qué contar mi biografía —gruñó Dodó; miró a Rissal—. Necesitaré una pistola con silenciador. Mientras usted consigue eso, yo saldré de compras.

—¿Qué clase de compras?

—Zapatos negros, jersey negro, pantalones negros. Todo tan negro como pueda serlo la oscuridad en la villa de Ornar El Selim esta noche.

CAPÍTULO IX

Solamente se veía luz procedente de la casa, y la de los dos faroles que había en la entrada a la villa, sobre las columnas de piedra que sostenían las verjas. Por lo demás, la oscuridad era casi completa. Sólo casi, porque la luna llena iluminaba los senderos de tierra bordeados de macizos de flores, y las frescas extensiones de césped, y la casa, la piscina, los pinos...

Pero, precisamente la luna creaba zonas de completa oscuridad, al proyectar hacia el suelo las sombras de los pinos de ancha y frondosa copa, y de los macizos de flores, setos, arbustos... Ése era el camino elegido por Dodó para llegar hasta la casa: las sombras. Sería una sombra entre las sombras.

Saltar la verja por un punto adecuado fue facilísimo para el hombre que a Ornar El Selim le había parecido un tigre rubio. Y con la agilidad y el sigilo de dicha fiera, Dodó se deslizó por el grandioso jardín, hacia la casa, eludiendo la proximidad de algunos guardias. Él los veía perfectamente, pero nadie le veía a él, de modo que pudo llegar sin novedad hasta muy cerca de la casa: justamente por la parte de la piscina, de modo que ésta quedó interpuesta entre el asesino a sueldo llamado Dodó, y la casa.

La mirada, de Dodó quedó fija en la terraza a la cual se abría la gran puerta-ventana del salón. Había luz allí, y se escuchaba rumor de voces femeninas, y algunas risas. Y a los pocos segundos de estar, acechando en aquel lugar, comenzó a sonar la música árabe. Dodó se deslizó hacia su izquierda, siempre ocultándose a las miradas de los guardias que precisamente estaban emplazados en la terraza.

Llegó a un punto desde el cual pudo ver, en el salón, a una de las muchachas árabes bailando, en el centro. Desplazándose un poco más, pudo ver por fin a Ornar El Selim, sentado en el montón de almohadones, contemplando la danza. Junto a él habían algunos de sus secretarios, y, muy cerca, vio a dos de los guardias. Teniendo

en cuenta la fama de celosos de los árabes, era de suponer que aquella muchacha que bailaba no era una de las esposas de El Selim, sino una servidora de éstas..., y de él mismo, si tenía ese capricho. Las esposas debían ser las que estaban tumbadas lánguidamente por detrás de Ornar, que conversaba reposadamente con su secretario principal, el tal Jeffar...

Un servidor entró, llevando café, y Ornar dio una palmada. La muchacha dejó de bailar, al cesar la música.

Dodó permaneció inmóvil. Un minuto, dos, tres, cinco... A su alrededor oía el canto de algunos grillos. Por lo demás, silencio absoluto. La impresión de hallarse en una isla solitaria, tranquila y amable relajó completamente a Dodó. Había que hacerlo todo bien, sin prisa, sin nervios. Todo era cuestión de serenidad y sigilo simplemente.

Por fin, comenzó a alejarse de allí, rodeando la casa, siempre a distancia, por entre los pinos y los arbustos de flores. Llegó al lado izquierdo de la hermosa villa, y miró hacia las ventanas del piso alto. Por la mañana había recorrido todo el edificio en compañía de El Selim, de modo que sabía cuál era el dormitorio de éste.

Y en efecto, allá estaba el pino, precisamente delante del dormitorio, que tenía una bonita terraza que daba sobre el jardín. Un pino alto, de grueso tronco y gran copa frondosa, de sólidas ramas.

Se tendió en el suelo, y se arrastró hasta llegar a la base del pino. Allí se sentó, y del estuche de cuero sacó dos cuchillas de acero, curvadas y con dientes, de uno de cuyos extremos pendían las fuertes tiras de piel.

Se las colocó en los pies, se incorporó, y rodeó el tronco del pino con los brazos. Flexionó la pierna derecha, y clavó cuidadosamente la cuchilla sujeta a ese pie en el tronco. Luego, la izquierda.

Y así, provisto de estas garras artificiales, Dodó fue trepando por el pino, con toda facilidad, hasta llegar al final del tronco. Se sentó en la primera rama, se quitó las cuchillas, y las dejó en una ramita. Miró a la terraza, movió la cabeza y buscó una posición mejor, dos ramas más arriba.

Perfecto.

Desde allí veía a la perfección la terraza, de frente, de tal modo, que cuando Ornar entrase en el dormitorio y encendiese la luz,

quedaría exactamente enfrente de él, a unos doce o quince metros de distancia. Una distancia desde la que Dodó podía acertar de un balazo una moneda de medio franco.

Incluso desde más lejos.

Sacó la pistola del bolsillo, y se la colocó en la cintura.

Sólo tenía que esperar.

Casi una hora más tarde, oyó voces, y dos de los guardias pasaron por debajo de él, rodeando la casa, hablando tranquilamente... Estaban, dando una rutinaria vuelta de inspección.

Cinco minutos más tarde, de pronto, la luz del dormitorio de Ornar El Selim se encendió. Dodó sacó la pistola, y apuntó hacia allá. Todavía pudo ver el gesto de Ornar El Selim retirando la mano del interruptor de la luz, vuelto a medias hacia la hermosa muchacha que entraba con él... Dodó extendió el brazo, apuntó un instante, y apretó el gatillo.

Plop.

Plop.

Plop.

Al parecer, era muy posible que hubiese fallado el último disparo, pues lo efectuó cuando. Ornar El Selim, tras, lanzar un agudo grito y estremecerse, se volvía hacia la puerta, momento en que Dodó disparó por segunda vez y el árabe se vino al suelo, de espaldas. La muchacha comenzó también a gritar, agudamente, y desapareció hacia el pasillo, despavorida.

Dodó se metió la pistola en un bolsillo, del pantalón, se descolgó velozmente a la rama inferior, a la otra, a la última, y de allí se deslizó por el tronco... Se oían gritos por todas partes, incluso, acercándose a aquella parte de la casa, así que Dodó se soltó, cayó sobre las puntas de los pies, y rodó en seguida hacia atrás, para evitar destrozarse la cara contra el tronco del pino.

Siguiendo el impulso hacia atrás, rodó sobre su nuca, y quedó en pie. Dio media vuelta y echó a correr en dirección a las verjas, que estaban a más de doscientos metros... Y por allá, en aquella dirección, apareció la luz de una linterna, se oyó el rumor de arbustos, voces excitadas.

Giró a la izquierda, y corrió hacia la piscina. Cruzaría corriendo la explanada de césped. Esto era tan sorprendente que, en teoría,

tenía que sorprender a los guardias que hubiesen en aquella parte.

Pero, precisamente por aquella parte, aparecieron tres de los guardias, dos de ellos procedentes de la gran terraza del salón, y otro del jardín que rodeaba la casa. Dodó alzó la pistola, sin dejar de correr, y disparó.

Oyó el grito del árabe al que había apuntado, sus labios se curvaron en una mueca que parecía divertida.

Apuntó al que aparecía a la luz de la casa procedente del jardín, y disparó también. El hombre lanzó un respingo, cayó de rodillas, y luego rodó en busca de la protección visual de un arbusto.

De la casa salían, en aquel momento, dos hombres más, que vieron inmediatamente a Dodó. Uno de ellos gritó, sacó su pistola un instante antes de que el otro..., y, al mismo tiempo, por delante de Dodó aparecían dos hombres más.

La carrera de Dodó era velocísima, pero, sin la menor duda, cualquier bala es más veloz que el más rápido de los hombres. Sin dejar de correr, Dodó comprendió que estaba rodeado, y que podían acribillarlo.

Así pues, desvió la dirección de su marcha, y fue directo a la piscina. Saltó, estuvo un instante en el aire y luego se hundió en las frescas y transparentes aguas..., mientras varias balas pasaban silbando por encima de la piscina.

Cuando salió a la superficie, se oían rápidas órdenes en omistaní; y a los pocos segundos, las luces de alrededor de la piscina se encendían. Luego, las de la propia piscina, colocadas en sus paredes.

Y de tal modo, Dodó quedó irremisiblemente atrapado, como una rana. Ni siquiera le quedaba, el recurso de irse al fondo, como habría hecho una auténtica rana, pues todo lo que conseguiría sería morir ahogado o acribillado...

Alzó los brazos cuanto pudo.

—¡Hey! —gritó—. ¡Me rindo, me rindo...!

Ahora se oían gritos femeninos en la casa, se encendían más luces... Alrededor de la piscina, voces de hombre...

—¡No disparen! —gritó de nuevo Dodó—. ¡Me rindo!

En el borde de la piscina aparecieron varios guardianes, que se apresuraron a apuntar con sus pistolas a Dodó, el cual agitaba los brazos, bien altos, sosteniéndose en la superficie moviendo las

piernas.

—Salga de ahí —le ordenó uno de los hombres.

Dodó nadó hacia la escalerilla, y salió de la piscina, en cuyo fondo había quedado la pistola. Se encontró inmediatamente rodeado de hombres, que registraron rápidamente su chorreante indumentaria.

Uno de los hombres se colocó ante él, mirándole con expresión todavía desorbitada.

—El americano millonario —dijo en francés—. ¿Qué hace usted aquí?

—Quería saber si las aguas de la piscina están climatizadas —replicó, secamente, Dodó.

El hombre entornó los ojos. Abrió la boca, pero no llegó a decir nada, de momento, porque otro hombre salió de la casa, gritando y corriendo hacia ellos. El que había reconocido a Dodó abrió aún más los ojos al escuchar sus palabras.

—¡Ha matado a Ornar! —jadeo—. ¡Lo ha matado!

—Ha sido sin querer —dijo Dodó.

Uno de los hombres de la guardia le golpeó por detrás en los riñones, con la pistola, y Dodó cayó de rodillas, lanzando un gemido de dolor. Pero inmediatamente, se lanzó de cabeza contra el que tenía delante, golpeándolo en el estómago con tal fuerza que el hombre salió despedido hacia atrás, con los pies hacia arriba, aullando.

Inmediatamente, todos los hombres de la guardia congregados, allí cayeron sobre Dodó, furiosamente.

Éste comenzó a lanzar golpes a diestro y siniestro, pero... uno solo que recibió él, en la parte posterior de la cabeza, fue suficiente para terminar la pelea.

Oscuridad total.

CAPÍTULO X

Lo primero que vio, al abrir los ojos, fue a las muchachas árabes. Estaban muy cerca de él, de pie, muy juntas, agrupadas como si fuesen un pequeño rebaño de ovejitas asustadas; algunas de ellas, prácticamente desnudas.

Luego, vio a los hombres, que le rodeaban, apuntándole con sus pistolas. El más cercano a él era Jeffar, que le miraba como si fuese, en verdad, posible, que dentro de sus ojos hubiesen llamas.

—Cerdo —jadeó Jeffar—. ¡Cerdo!

Le aplicó un punterazo en el costado que dejó sin resuello a Dodó, que, al intentar esquivarlo, comprendió dos cosas. Una: que estaba atado de pies y manos. Dos: que yacía en el brillante suelo del salón, al alcance comodísimo de todos los pies que le rodeaban.

—¿Han venido más hombres con usted? —preguntó Jeffar—. ¡Conteste!

Dodó aspiró profundamente, y movió la cabeza.

—He venido solo —consiguió murmurar.

—Lo va a pagar muy caro... ¡Muy caro!

—¿Le parece suficiente... cien millones de dólares? —deslizó Dodó.

—¿Qué dices?

—Tengo cien millones de dólares para ofrecerle, a cambio de mi vida —suspiró Dodó—. Cien millones de dólares americanos, legítimos, en billetes de mil. ¿Ha muerto Ornar El Selim?

—Sabe muy bien que sí... Usted debe ser un profesional, no falla nunca. ¿No es eso?

—Más o menos —asintió Dodó—. Pero el caso ya no tiene remedio, con respecto a El Selim, Jeffar. ¿Qué hacen aquí las mujeres?

—Las hemos reunido a todas, por si habían más hombres que fuesen a continuar disparando. ¿Qué le importa a usted esto? Hay

cosas más interesantes de qué hablar. Usted es un asesino a sueldo... ¿Quién le ha enviado?

—Tengo cien millones de dólares para usted, Jeffar. Y todo lo que tiene que hacer para conseguirlo, es dejarme marchar. Usted y estos hombres pueden repartirse ese dinero. Piénselo bien.

Sus palabras fueron seguidas de un largo silencio, mientras los hombres que le rodeaban cambiaban huidizas miradas entre sí. Uno de ellos se acercó a Jeffar, y comenzó a cuchichearle al oído. Los demás miraban atentamente a ambos. Otro se sumó al conciliábulo, y luego otro más... La conversación estaba subiendo de tono cuando, cargados con un gran fardo envuelto en una manta, entraron otros dos árabes en el salón. Lo depositaron en el suelo y se quedaron mirando, sin comprender lo que ocurría. Las muchachas emitían grititos de dolor mirando el fardo envuelto en la manta. Un fardo que tenía una forma inconfundible.

Jeffar, cortó en seco la discusión, y se acercó a los dos hombres que habían llegado con el fardo. Estuvo conversando con ellos un par de minutos, señalando varias veces el fardo. Luego, los dos hombres volvieron a alzarlo y se lo llevaron. Jeffar volvió ante el asesino profesional.

—No queremos complicaciones de ninguna clase con las autoridades francesas, americano —dijo—. Así que mis hombres van a llevar ahora el cadáver de Ornar al yate, y lo esconderán allí. Por la mañana, simulando que Ornar va en su coche con algunas de sus mujeres, todos nos iremos al yate, y emprendaremos el regreso a Omistán. Es muy posible que, en bien de nuestro pueblo, decidamos ocultar, por el momento, la muerte de Ornar.

—Eso es una tontería —masculló Dodó.

—Quizá. Pero cien millones de dólares nos ayudarían a conseguir nuestro propósito. ¿Quiere salvar la vida?

—Sí.

—Díganos quién le ha contratado y dónde está ese dinero.

—Lo haré a mi modo —aceptó Dodó—. Y mi modo es el siguiente: saldré de aquí, sólo con dos hombres; armados, si usted quiere. Iremos a donde está el dinero, les indicaré el lugar y el modo de retirarlo de allá, y me iré. O esto, o nada de nada, Jeffar.

—De acuerdo. Iremos ahora mismo a...

—Tiene que ser por la mañana. Y le aseguro que lo siento más

que usted.

Jeffar y otros secretarios volvieron a cambiar impresiones en cuchicheos, observados por los hombres de la guardia, las mujeres y el propio Dodó, que sonreía fríamente. Por fin, Jeffar volvió a encararse con Dodó.

—Ese dinero... ¿es el que traían unos hombres procedentes de París?

—Sí.

—¿Y lo tiene usted? —Receló el árabe.

—Sí. Tenía que haberlo entregado a quienes me pagan, pero decidí conservarlo, precisamente, por si se me presentaba una dificultad. Y así ha sido.

Jeffar asintió, y de nuevo celebró conferencia con sus amigos. Luego, fue a hablar con las mujeres, que le escucharon con gran expectación. Algunas de ellas lanzaron gritos, miraron a Dodó... Por fin, todas se dirigieron a la puerta del salón, y desaparecieron. Una vez más, Jeffar volvió a acercarse a Dodó.

—Esperaremos a mañana —dijo—. Pero, mientras tanto, no pensamos confiar en usted.

—Me parece natural, muchacho —sonrió Dodó.

Jeffar dio una orden, y dos de los guardias se acercaron a Dodó y soltaron las cuerdas que sujetaban sus pies. Luego, a punta de pistola, lo condujeron al piso alto, en el cual se oía el rumor de excitadas voces femeninas. Dodó fue introducido en el dormitorio de Ornar, y allá, fue sólidamente atado a la cama, formando su cuerpo una X. Jeffar había llegado tras él, y tras asegurarse de que estaba debidamente atado, asintió con la cabeza, y señaló hacia la puerta. Los dos guardias salieron, y Jeffar lo hizo detrás, cerrando la puerta.

Ni siquiera media hora más tarde, cuando Dodó sentía ya profundos escalofríos, debido a la ropa mojada que se pegaba a su cuerpo, oyó el rumor en la terraza del dormitorio. Volvió la cabeza hacia allí, pero no vio nada... hasta algunos segundos después. Apareció una figura humana, deslizándose por el suelo hasta llegar junto a la cama. Entonces, se irguió, y Dodó distinguió el perfil femenino, recortándose contra el resplandor lunar de la terraza.

—No digas nada ni hagas ruido —dijo la voz femenina, en pésimo inglés—. Vas a escapar.

—¿Quién eres? —susurró Dodó.

—No hables... Todos están abajo, hablando de cómo se van a repartir el dinero, pero podrían oírnos...

Los finos deditos que primero tocaron su mano localizaron en seguida las cuerdas, y deshicieron los nudos. La muchacha pasó al otro lado, para desatar también su mano derecha. Dodó se sentó rápidamente en la cama, y lanzó un manotazo, agarrando a la muchacha por los cabellos.

—¿Quién eres? —quiso saber.

—No te importa... Me haces daño. Suéltate los pies y escapa por la terraza... ¡Me haces daño!

Dodó la soltó, pero fue para asirla inmediatamente por una muñeca, clavando en ella sus uñas, fuertemente.

—¿Eres la amiga de Abdul? —susurró.

—No te importa... ¡Suéltame y escapa!

Dodó refunfuñó algo, y soltó a la muchacha, que corrió hacia la terraza. Soltó rápidamente sus pies, saltó de la cama, y fue a la terraza, intrigado. ¿Por dónde había llegado la muchacha árabe? Se deslizó hasta el extremo de la terraza, y vio, a menos de un metro, la ventana abierta. Sin la menor duda, la muchacha tenía que ser ágil y no poco decidida. Claro que era fácil llegar desde aquella ventana a la terraza, pero un pequeño fallo, y se estrellaría contra el suelo, a más de tres metros.

Sin embargo, para Dodó aquello no era obstáculo. Se descolgó hasta quedar sujeto con las manos en el piso de la terraza, y se dejó caer, sin hacer el menor ruido.

Segundos después, sombra entre sombras, el asesino de Ornar El Selim había escapado.

CAPÍTULO XI

Juliette Beauchamp dio un salto en el sillón cuando sonó la llamada en la puerta de la casa. Se precipitó hacia la puerta del salón, pero Abdul Rissal la detuvo con un gesto.

—¡Espere! Es mejor que vaya Kassim.

—¡Debe ser él, debe de ser Dodó!

—Tanto mejor. Ve a abrir, Kassim.

Uno de los cuatro árabes que formaban el séquito de Rissal salió del salón, y a los pocos segundos regresó, acompañado, efectivamente, de Dodó. Juliette emitió un grito de alegría y se abalanzó a los brazos de Dodó, que la acogió con indiferencia, mirando fijamente a Rissal.

—Mis cien mil, Rissal —exigió, mirando al árabe.

—¿Lo ha matado? —exclamó Abdul.

—Naturalmente.

—¡Oh, Dodó! Estás mojado, tienes que... —empezó a lamentarse Juliette.

—Cierra la boca —masculló él—: Estamos hablando de cosas serias ahora. ¿Y bien, Rissal?

—Tendrá su dinero —asintió éste, brillantes los ojos—. Pero no podrá ser hasta que me entregue la maleta, Dodó. Yo no tengo cien mil dólares, tendré que dárselos de maleta.

—De acuerdo. Mañana nos ocuparemos de eso, entonces.

—¿Mañana?

—No puedo ir a por la maleta hasta las nueve.

—¿Por qué?

Dodó frunció el ceño.

—Siga haciendo todas las preguntas idiotas que quiera. Yo voy a cambiarme de ropa. Estoy congelado. Y tú, flor de té, a ver si me sueltas de una maldita vez... ¡Déjame en paz!

La apartó de un empujón y se dirigió hacia la puerta.

—Un momento, Dodó —llamó Rissal—. ¿Cómo puedo estar seguro de que ha matado a Ornar?

—¿Está bromeando? —replicó Dodó con tono áspero—. Pero no... No está bromeando. Le entiendo a usted, Rissal. Como yo, no confía en nadie, y quizá piensa que he mentido para que me den mi dinero y pueda largarme. Pero eso es una idiotez, ¿no le parece? Me habría sido mucho más fácil largarme con cien millones...

Abdul Rissal se mordió los labios.

—¿Cómo lo ha matado? —susurró.

—Pregúntele a su amiga, la que me ha ayudado a escapar...

—¿Le cazaron? —Respingó Rissal.

—Si, pero no se preocupe, no mencioné a nadie. Tal como había previsto, los cien millones fueron mi salvación: mientras aquellos tipos se lo repartían por anticipado, su amiga vino a soltarme y pude escapar.

Y si no cree que haya matado a Ornar, vaya a preguntarle a esa jovencita.

Abdul Rissal miró hacia el teléfono, vaciló... Por fin movió negativamente la cabeza.

—Está bien, Dodó; le creo.

—Eso me enajena de dulce júbilo —gruñó Dodó.

Salió del salón y durante unos segundos fue tal el silencio que todos oyeron sus pisadas escaleras arriba.

Juliette miraba hacia la puerta, vacilante. Por fin, dio un paso hacia allí.

—Me parece que él no apreciará su presencia en estos momentos, señorita Beauchamp —murmuró Rissal—. Quizá quiera estar a solas con sus pensamientos, con su conciencia... Al fin y al cabo, es un asesino.

Juliette se volvió hacia Rissal, pálida y alterada.

—Dodó no es un asesino —dijo.

—No he querido molestarla —parpadeó el árabe—. Pero no se me ocurre de qué otro modo podemos definirle, la verdad. De todos modos, teniendo en cuenta su interés por él...

—Mi interés por él es personal, Abdul. Le he hecho intervenir en esto porque quería darle una oportunidad de convencerse a sí mismo de que todavía puede ser útil.

—Y todo eso..., ¿por qué?

—Porque le amo.

—¿Eso quiere decir que le conoce hace tiempo?

—Le conozco hace tiempo —sonrió Juliette—. Pero él a mí no me conoció hasta que acudió a la cita del Café de Flore, en París.

—No entiendo eso muy bien. En realidad, ¿quién es Dodó? ¿Y por qué tenemos que confiar con él?

Juliette se le quedó mirando fijamente. Luego se sentó en un sillón y quedó pensativa unos segundos.

—Se lo voy a decir, Abdul. Dodó era, hasta hace unos meses, un espía que trabajaba para cierto servicio secreto... muy famoso. No mencionaré ese servicio secreto, no vale la pena. Dodó era uno de los mejores agentes en Europa. Concretamente en París. Un día, cuando estaba dando un paseo con mi hermano...

—¿El del servicio de contraespionaje francés?

—Sí. Un día, cuando paseaba con él por los Jardines de Luxemburgo, vi a Dodó. Faltaban dos días para Navidad, lo recuerdo perfectamente. Él estaba sentado en una silla, delante del estanque, solo. Yo me quedé mirándolo y mi hermano se dio cuenta. Comprendió que me había impresionado mucho... En realidad, en aquel mismo instante me enamoré de Dodó. Mi hermano, viendo mi interés, dijo sonriendo que si quería podía invitarlo a pasar la Navidad con nosotros, que no era probable que nadie le hubiera invitado con anterioridad. Dijo que llevaba más de tres años en París, siempre solo, y que era un espía. Muy conocido en el SDECE, desde luego, pero Dodó jamás había molestado a nadie. Le toleraban, igual que se tolera a otros agentes secretos. Mi hermano me dijo que era de los mejores; que siempre resolvía todas las cuestiones con inteligencia, no con armas, como otros espías. A medida de que me hablaba de Dodó, nos alejábamos de él, pero yo seguía mirándolo. Me pareció terriblemente solo, pero no triste. Era... como una estatua más de los jardines. Mi hermano y yo nos despedimos poco después, y yo regresé a los jardines. Dodó seguía allá, inmóvil, mirando las palomas y el agua del lago. Me produjo la impresión de una gran fuerza en reposo. Cuando por fin se fue, lo seguí. Vivía entonces en un bonito apartamento en Boulevard St. Germain, precisamente cerca del Café de Flore... Durante algunos días estuve... espiándolo. No podía olvidarlo.

—¿Él no se dio cuenta de que usted lo espiaba?

—¡Oh, no! Lo hacía tan discretamente... Jamás llegó siquiera a verme...

—¿No le parece esto un poco... extraño, señorita Beauchamp?

—Supongo que sí. ¿Qué importa? El caso es que yo lo veía, lo esperaba cerca de donde él iba a pasar...

Estaba decidida a tropezarme con él, a..., a simular algo con tal de que hablásemos, de que me conociese.

Y cuando estaba ya casi decidida, mi hermano me llamó por teléfono. Nos citamos. Me dijo, apenas encontrarnos, que había ocurrido algo terrible con Dodó: sus jefes le habían engañado de un modo brutal.

—¿Los propios jefes de Dodó?

—Sí. El SDECE tuvo noticias de ello, pero se guardó muy bien de hacer el menor comentario, por ningún medio. Era cosa de Dodó y de sus jefes lo ocurrido. Fue algo horrendo, abominable: hicieron que Dodó asesinase a un compañero.

—¿A un agente del mismo servicio quiere decir?

—Sí, un compañero de Dodó muy querido. Le dijeron que ese compañero estaba traicionando al servicio, pasándoles valiosas informaciones a los rusos. Dodó dijo que era imposible, pero le presentaron toda clase de pruebas. Finalmente, le dijeron que sospechaban que aquel mismo día se iba a entrevistar con un ruso y que, por supuesto, le entregaría alguna información... Al compañero de Dodó vamos a llamarlo Pierre, por ejemplo. A Dodó le ordenaron que lo vigilase. Aquella misma noche podría convencerse, según esperaban, pues había constancia en cierta oficina de este servicio secreto de que las listas de personal destinado en Moscú habían sido removidas. Se temía que hubiesen sido fotografiadas, y desde luego, sólo Pierre podía haberlo hecho...

—¿Pero eso no era cierto?

—No —casi gimió Juliette—. No era cierto... Pero Dodó no podía desconfiar de sus jefes, naturalmente, así que... vigiló a Pierre. Y en efecto, aquella noche, Pierre fue al Bois de Bolougne, en su coche. Dodó fue detrás. En el Bois de Bolougne un hombre esperaba a Pierre en un coche. Pierre se apeó, y el otro hizo lo mismo, caminando uno hacia el otro. Entonces, Dodó identificó al otro: era un agente ruso, del cual conocía incluso el nombre, Igor Tuperiev. Pierre había sacado un sobre del bolsillo del abrigo...

Dodó sólo pensó una cosa: era cierto, y Pierre iba a entregar a un agente ruso la lista de los agentes de servicio de Dodó, destinados en Moscú... Crea que sólo yo puedo comprender la amargura que sintió. Y de pronto, lógicamente, la ira... Sacó su pistola y disparó contra Pierre, por la espalda. Lo mató en el acto. El ruso quedó inmóvil y Dodó le apuntó, para dispararle también en contra de su modo de operar. Entonces, alguien disparó contra Dodó y él tuvo que encogerse dentro del coche y alejarse de allí... Todo esto en silencio, pues usaban silenciadores todos los... protagonistas. Dos o tres balas rebotaron en el coche de Dodó, que, como pudo, condujo alejándose del lugar... Cuando, tras detener el coche, volvió por entre los pinos a aquel lugar, el ruso y el sobre habían desaparecido, y Pierre yacía muerto, de bruces. Parecía que nada hubiese pasado, nadie se había dado cuenta de lo sucedido; quizá alguna de las mujeres del Bois de Boulogne, pero debían haberse apresurado a escapar de aquella complicación.

—¿Qué mujeres?

Juliette le miró sorprendida.

—Mujeres que hay por allí —musitó.

—Ah... Oh, entiendo, sí... ¿Qué hizo Dodó?

—Cargó en sus hombros el cadáver de Pierre, regresó a su coche y partió. Aquella misma noche entregaba el cadáver a sus jefes. Estaba amargado por diversos motivos: un compañero había resultado traidor y unas listas muy importantes partirían muy pronto hacia Moscú, y en todo caso, la muerte de Pierre había sido inútil, pues, evidentemente, Igor Tuperiev había acudido al Bois de Boulogne bien respaldado por camaradas que habían disparado contra Dodó. Sin embargo, poco a poco, Dodó se fue dando cuenta de una cosa extraña: sus jefes no parecían contrariados, si no más bien, a pesar de que intentaban ocultarlo, parecían satisfechos: Dodó comenzó a hacer preguntas que al principio nadie quiso responder. Por fin, no tuvieron más remedio que darle una explicación: no era cierto que Pierre fuese un traidor, que hubiese ido a entregar aquellas listas a los rusos. Pierre obedecía órdenes entregando periódicamente información bastante buena a los rusos. El objetivo de todo, esto era, por fin, introducir una información falsa en el servicio secreto soviético por medio de Pierre; pero los rusos no eran tontos, así que había que hacer las cosas bien...

—¿Sacrificaron a Pierre?

—Sí... Exactamente, Abdul. Engañaron a Dodó para que éste matara a Pierre, con lo cual, los rusos tendrían que creer que la información conseguida por Igor Tuperiev en el Bois de Boulogne era cierta, y que Pierre había sido descubierto, y que sus compañeros lo habían matado y querían matar a Tuperiev. A tal fin, después de que Dodó disparó sobre Pierre, los propios compañeros de Dodó dispararon contra él, sin intención de acertarle. Pero tanto Tuperiev como Dodó reaccionaron con toda lógica: Tuperiev recogió el sobre, se metió en su coche y se dio a la fuga a toda velocidad, mientras Dodó hacía lo mismo, aunque él pensaba volver. Ni Tuperiev ni Dodó se habían dado cuenta de que no disparaban a dar, sino que querían que Tuperiev se fuese con el sobre y Dodó se alejase. Para Tuperiev quienes estaban disparando, lógicamente, eran los compañeros de Pierre, que habían descubierto su traición y le habían seguido. Para Dodó, los que disparaban eran los camaradas de Tuperiev en misión de apoyo en aquella entrevista. De este modo, Tuperiev se consideró muy afortunado de poder escapar con tan valiosa información, los jefes de Dodó quedaron no menos satisfechos de haber podido introducir aquella información de modo tan convincente en el servicio secreto ruso... y Dodó quedó destrozado moralmente. En definitiva, le habían utilizado para asesinar a un compañero muy querido en lo personal y fiel al servicio, pero que había sido «conveniente» sacrificar para engañar a los rusos.

—¿Qué hizo Dodó?

—Presentó la dimisión. Le dijeron que era demasiado buen agente para aceptársela... Dodó atacó a sus jefes. A uno le partió la mandíbula, y a otro un brazo. Luego se fue. Les dijo que iba a estar en París, por si querían asesinarle también. Desde entonces, ha llevado una vida amarga y más solitaria que nunca. Las cosas fueron de mal en peor, tuvo que cambiarse de alojamiento, comenzó a beber, a descuidarse...

—¿Y sus jefes no han ordenado nunca su muerte?

—No, según parece.

—De todos modos, después de aquello tenía que ser muy arriesgado para Dodó quedarse en París: podían matarlo en cualquier momento.

—Me parece... que eso es precisamente lo que él deseaba. Pero no lo hicieron. Lo dejaron vivir, lo ignoraron... Cuando conocí a Dodó en el Café de Flore, es decir, cuando por fin hablé con él, me dijo que le llamase Dodó, lo comprendí en seguida: el dodó, o *didus ineptus* era un ave estúpida y repugnante, que no servía para nada, y que además, se había extinguido hace muchos años. Él se considera a si mismo un dodó, un pájaro despreciado por todos; repugnante, pues mató a su compañero; y, desde luego, se considera de una especie extinguida, pues seguramente otro agente, en su lugar, se habría recuperado de aquel golpe moral y habría seguido adelante, triunfando... Él no supo encajar aquella canallada. Ya no quedan hombres como él: se están extinguiendo rápidamente. Como los dodós, acabarán por desaparecer completamente. Y no será Dodó quien lo lamente, por sí mismo; no puede haber nadie en el mundo que sienta tanta repugnancia por él, como él mismo.

—¿Y qué espera usted de un hombre así?

—Con este trabajo para usted, Abdul, espero que Dodó llegue a pensar ha sido útil a cientos de miles de personas. Una cosa puede borrar la otra. Cierto, él mató a un compañero, pero le engañaron... Pero ahora, al matar a Ornar El Selim y conseguir cien millones de dólares para Omistán, quizá Dodó comience a recuperar su propia estimación. Yo estaré con él, le convenceré... Yo tengo..., tengo que conseguir que Dodó vuelva a amar la vida, y a sí mismo... ¡Tengo que conseguirlo! A fin de cuentas, lo hizo engañado. Ahora, en cambio, está haciendo por propia voluntad algo muy hermoso, ayudar a cientos de miles de mujeres, de niños, de hombres, a conseguir... una vida que valga la pena ser vivida. ¿No es hermoso lo que está haciendo Dodó?

—Es posible —susurró Abdul Rissal—. Y también es hermoso lo que usted está haciendo por él, señorita Beauchamp.

—Pero yo no tengo mérito alguno... Lo hago por egoísmo, porque le amo, porque quiero tenerlo a él. Él no quiere nada, lo hace por otras personas, desinteresadamente...

—Querrá decir por cien mil dólares.

—¡Oh, Abdul, no lo entiende! A Dodó no le importa ese dinero. Lo quiere, sí, pero simplemente porque necesita alimentarse. No le importa en absoluto... Lo hace por otras personas, ¿no lo comprende? Si Dodó tiene dinero, bien; si no lo tiene, su vida sigue

igual. No es por fuera por donde hay que ayudar a Dodó, sino por dentro de él mismo. Yo tengo..., tengo la esperanza de que cuando vea lo que se ha conseguido en Omistán gracias a él, Dodó vuelva a ser... el hombre que vi aquel día poco antes de Navidad, en los Jardines de Luxemburgo, solo, pero... sano de mente y de cuerpo, con creencias, esperanzas... Yo amo a ese hombre y quiero que, vuelva a existir.

Los árabes miraban fijamente, como fascinados, a Juliette Beauchamp, que quedó por fin silenciosa, con la cabeza caída sobre el pecho, quizá intentando ocultar dos gruesas lágrimas que habían aparecido en sus ojos.

—¡Ojalá todos tengamos suerte! —murmuró Rissal—. Mañana puede empezar una nueva vida para muchas personas.

CAPÍTULO XII

Habían salido temprano de Niza, de modo que todavía no eran las diez cuando el árabe que conducía el coche lo detenía delante de la estación de la SNCF de Marsella. Junto a este árabe había otro, en el asiento delantero. Ambos se volvieron para mirar a Dodó que iba en el asiento de atrás, sólo, sombrío, sumido en sus pensamientos.

—Hemos llegado —dijo Kassim.

Dodó los miró, parpadeó y luego miró hacia la entrada de la estación. Asintió con la cabeza, y sin decir palabra, salió del coche. Los dos árabes estuvieron mirándole hasta que desapareció en el interior de la estación. Entonces, Kassim dijo:

—Vamos tras él, Solimán.

Lo vieron en seguida, cruzando rápidamente el vestíbulo, y se colocaron tras él, a prudente distancia.

Dodó no volvió la cabeza ni miró a derecha e izquierda. Iba directo a su objetivo, sin prestar atención a nada más.

Preguntó algo en una ventanilla. Luego, tras recibir la información, miró a su izquierda, murmuró algo y se apartó. Reanudó su marcha, y siempre tras él, los dos árabes le vieron llegar a una dependencia, en la que había un mostrador de madera. Tras el mostrador, un hombre, que escuchó atentamente a Dodó que señalaba tras él, hacia las estanterías en las que había una gran variedad de objetos y maletas. Dodó separaba las manos, indicando ciertas dimensiones. Luego tendió al empleado una libreta, un pasaporte. El hombre lo examinó, asintió y se volvió, desapareciendo entre las estanterías. Regresó un minuto después, con una gran maleta negra, que depositó delante de Dodó. Éste asintió con la cabeza y sacó unos billetes, pero el empleado movió negativamente la cabeza, sonriendo.

Kassim fue el primero en comprender la jugada de Dodó.

—Dejó la maleta en el tren, a su nombre —musitó—. Y al llegar

a Marsella y no recogerla, la depositaron ahí... Ahora ha presentado su pasaporte, se ha identificado y se la entregan. ¡Ha dejado cien millones de dólares como si fuese una basura!

—Ya viene —masculló Solimán.

En efecto, Dodó caminaba hacia ellos, cargado con la maleta. Los vio, frunció el ceño y siguió su camino.

Salíó de la estación y se quedó junto al coche, esperando. Kassim abrió el portamaletas, Dodó depositó allí la suya y cerró.

Segundos después, en silencio, sin que ninguno de ellos hubiese dicho una sola palabra, emprendían el regreso a Niza.

Hacia las doce y media, el coche se detenía delante de la casa. Se apearon los tres, Kassim abrió el maletero, y Dodó cargó de nuevo con la maleta. La puerta fue abierta antes de que llegasen a ella, por otro de los árabes.

Cuando entraron en el salón, Juliette se puso en pie, y se quedó mirando a Dodó, cuyo rostro no podía ser más impenetrable. Abdul Rissal se precipitó hacia él, tomó la maleta, y la colocó sobre el sofá. Arrancó la funda de espuma elástica, y frunció el ceño al ver los sólidos cierres.

—Murna —llamó, señalándolos.

Uno de los árabes que se habían quedado con él se adelantó, sacó su pistola con silenciador, y efectuó unos cuantos disparos, tan certeros, que todo el borde de cierre de la maleta quedó destrozado... Abdul Rissal apartó a Murna, y alzó la tapa con un seco tirón.

Cien millones de dólares.

Allí estaban, en billetes de mil, perfectamente enfajados, ordenadamente colocados en la maleta.

—¡Por Alá...! —jadeó Murna.

—Mis cien mil —dijo Dodó.

Rissal pareció no haberlo oído. Pero, de pronto, se volvió hacia él, y sonrió.

—Tengo entendido que a usted no le interesa el dinero, Dodó.

—Por sí mismo, desde luego que no. Pero el único modo de seguir viviendo sin relacionarme con nadie es tener con qué pagar mis necesidades. Cien mil pavos, Rissal —extendió la mano derecha.

—¿De qué va a servirle el dinero a un amargado como usted? —

sonrió de nuevo el árabe—. Anoche; la señorita Beauchamp nos contó su interesante historia, Dodó, y pienso...

—La señorita Beauchamp habla demasiado —susurró Dodó—. Y usted también. Deme mi dinero y me iré. Eso es todo. Hemos terminado.

—No —negó Rissal—. Todavía no. Tengo algo que explicarle antes, Dodó. Y quizá lo entienda con una simple frase: usted es inteligente, y la señorita Beauchamp es una pobre estúpida.

Juliette lanzó una exclamación, y estuvo bien claro que no entendió lo que Rissal quería decir. Dodó se limitó a ladear la cabeza, y su mirada, fría como auténtico hielo, recorrió el cuerpo del árabe.

—La estupidez de una mujer no me sorprende, Rissal. Pero me sorprende que usted me considere inteligente. ¿Por qué?

—Porque usted, en su amargura, ha comprendido hace tiempo que, en efecto, todos mentimos. No hay honradez y bondad en este mundo, Dodó. No hay sitio para ella. Cada cual, labora en su propio y exclusivo beneficio..., caiga quien caiga.

—Supongo que está tratando de decir que, una vez más, he sido engañado —susurró Dodó—. ¿Es eso?

—Sí. Este dinero es para mí y mis amigos.

—¡No! —exclamó Juliette, palideciendo—. ¡No puede usted...!

—Señorita Beauchamp —sonrió amablemente Rissal—, no es posible que sea usted tan tonta, tan estúpida, tan ingenua... ¿De verdad creyó toda la historia que le conté? ¿De verdad?

—Dios mío... Sí, le... le creí... ¿Me ha... engañado?

—Por supuesto que sí. ¿Quiere conocer ahora la completa verdad? Se la diré, ahora que ya tengo el dinero. En realidad, Ornar El Selim estaba intentando un esfuerzo desesperado para salvar a su país de la miseria absoluta. Su contacto con esos diplomáticos de... Tontilandia, era sincero y honrado. Los tontilandeses precisan mano de obra, y Ornar se la iba a proporcionar. Pero sería él quien cobraría el dinero de los sueldos de quinientos mil hombres durante el primer año, en dos entregas de cien millones.

Sin embargo, Ornar no pretendía quedarse ese dinero, sino, verdaderamente, utilizarlo en elevar el nivel de vida de Omistán. Para conseguir eso, acordó con Tontilandia que el dinero se lo entregarían a él, no a los trabajadores, que podrían gastarlo

estúpidamente en Tontilandia lejos de su patria, de sus familiares... ¿Ah, no? Ornar estaba dispuesto a que, durante tres años, esa masa de quinientos mil omistanos estuviese trabajando en los yacimientos de Tontilandia, relevando a los más antiguos a medida que fuese disponiendo de personal... Mientras tanto, el dinero de sus sueldos sería invertido en el país. A los omistanos les bastaría con comer y dormir, en Tontilandia. Una vida dura, pero necesaria. Con los cien primeros millones de dólares, Ornar esperaba hacer maravillas en Omistán... y luego, otros cien, y al año siguiente, doscientos. ¿De quién sería Omistán? De los omistanos... Pero los omistanos no sabrían hacer nada, sin un hombre que los guiase... ¿Y sabe quién era ese hombre verdaderamente bueno, noble, honrado, y que estaba dispuesto a todo para salvar a su pueblo?

—Ornar... Ornar El Selim...

—Exactamente, señorita Beauchamp. En cuanto a mí, me conformo con estos cien millones de dólares..., ¡y que el diablo se lleve a Omistán! ¿Me entiende usted?

Juliette estaba pálida como un cadáver. Su mirada se desvió hacia Dodó, llena de angustia.

—Dodó... Dodó, lo siento, lo siento... ¡Oh, Dios mío!

—No te preocupes demasiado —susurró el exespía—. Ya ves, Bellocampo: yo sigo siendo un Dodó repugnante al que siguen engañando.

—Yo... yo no te he engañado, Dodó, yo no...

—¡Aleluya! —masculló Dodó—. Eso te convierte, también, en un ave rara, una especie en extinción, petunia. Pero no en una repugnante dodó, pues nada malo has hecho. Lo siento por ti, pero ya ves: también las aves del paraíso están siendo exterminadas. ¿Me comprendes ahora? ¿Comprendes ahora todo lo que he estado sintiendo desde que ocurrió lo que aseguras saber? Beauchamp: no hay nada bueno bajo el sol. Nada en lo que un hombre pueda creer o confiar. Nada que amar, nada que respetar.

—Dodó, yo no... yo no te he lastimado, yo no, Dodó...

—Habría sido mejor para ti que me hubieses engañado también. Eso significaría que ibas a continuar viviendo. Eres tan hermosa, Beauchamp... Tan dulce, tan delicada... Mereces vivir muchos años, mucho, muchísimo tiempo, en una estrella, o en un palacio hecho de sol...

—Dodó: me amas, ¿verdad?

—¿Qué importa eso ahora?

—¡Oh, sí, Dodó...! ¡A mí sí que me importa! Por favor, por favor, dime que me amas, Dodó... ¡Dímelo!

—Me pregunto —Dodó bajó la cabeza—. Sí, me pregunto cómo es posible que puedas haberme perdonado lo que hice contigo en París... ¿Cómo podría decirte ahora que te amo? Beauchamp, enténdelo: no hay nada que hacer por mí, nada que hacer conmigo... Me destruyeron, y con eso, yo aprendí a destruir. Sólo a destruir. Incluso destruí tu hermoso amor... Este monstruoso y repugnante dodó no merece nada, nada, nada...

—Por favor, Dodó... ¡Te lo suplico! ¡Dime que me amas!

—¡Dígaselo! —rió Rissal, divertidísimo—. Dígaselo, Dodó, pues no estoy dispuesto a perder más tiempo.

Terminemos ya.

—¿Nos van a matar aquí mismo? —Lo miró Dodó.

—Desde luego.

—Bien... En ese caso, ¿por qué alargar más la entrevista? Tengo un recado para usted, Rissal... ¡Mírelo!

Dodó movió la mano derecha, y algo brillante apareció en ella, procedente de la manga de la chaqueta. Su acción fue tan veloz que ni siquiera Abdul Rissal, que fue el directamente afectado, llegó a comprenderla..., porque murió antes de llegar a esa comprensión. La navaja abierta que había caído en la mano de Dodó destelló fugazmente en el aire y se hundió con sordo impacto en la garganta de Abdul Rissal, que emitió un extraño gorgorito y cayó de espaldas...

Mientras, no menos velozmente, se movía la mano izquierda de Dodó, para recoger la otra navaja oculta en aquella manga. Murna estaba, junto a él, todavía pistola en mano, pero ni siquiera así tuvo tiempo de reaccionar: Dodó giró, como un bailarín, hacia él, y su mano izquierda pasó a la altura de la garganta de Murna, con la navaja fuertemente asida. Fue sencillísimo y escalofriante terminar con Murna, cuya cabeza pareció colgar hacia la espalda, arrastrando su cuerpo, mientras los dedos, súbitamente flojos, dejaban caer la pistola.

Había sido todo tan rápido que los otros tres árabes todavía estaban metiendo la mano bajo sus chaquetas, cuando Dodó,

recuperando el equilibrio, lanzó la navaja, con la mano izquierda.

Kassim la vi llegar, como si fuese el destello de un diminuto relámpago, y lanzó un grito..., que se cortó al recibir la navaja de lleno en el corazón. Desorbitó los ojos, y cayó hacia atrás, desencajando el rostro.

Y al mismo tiempo, fuera del salón, en la puerta de la casa, se oían fuertes golpes, que desconcertaron a Solimán y al otro árabe, mientras Dodó se dejaba caer de rodillas junto a la pistola de Murna, asiéndola rápidamente.

—¡Dodó! —gritó Juliette.

La muchacha se adelantó mientras gritaba, interponiéndose entre Solimán, que apretaba el gatillo y Dodó, que estaba disparando certeramente contra el otro, hundiéndole la bala en el centro de la frente.

El grito de Juliette estremeció a Dodó, que rodó hacia un lado, alzó la pistola, y disparó de nuevo, ahora contra Solimán. Éste lanzó un berrido al recibir el balazo en el estómago, y saltó como si bajo sus pies tuviera unos muelles. Cayó de rodillas, luego de bruces, y alzó la cabeza, para mirar a Dodó... con un solo ojo, pues la siguiente bala disparada por Dodó le entró por el otro hasta el cerebro.

Tres segundos escasos, y algunos hombres de raza árabe aparecieron en el salón, pero Dodó no les hizo el menor caso. Había gateado rápidamente hacia Juliette, que yacía de bruces, gimiendo, y le dio la vuelta, con todo cuidado...

—Juliette... Juliette...

—No es nada, Dodó —susurró ella—. No te asustes, no es nada...

Pero Dodó vio la sangre en el costado derecho de la muchacha, y arrancó la ropa de un tirón. Se quedó mirando incrédulamente la herida, que era como el verdugón producido por un latigazo. Sangraba bastante, pero el exespía comprendió que no había nada que temer... Se mordió los labios, y suspiró profundamente.

—Uno de mis hombres vendrá en seguida, con algo para curar a la señorita Beauchamp —oyó ésta, la voz conocida.

Desvió la mirada del desencajado rostro de Dodó..., y sus ojos se abrieron hasta el límite.

—¡Ornar El Selim! —exclamó.

El gordo, calvo y bonachón Ornar El Selim, de pie junto a Dodó, que sostenía en sus brazos a Juliette, sonrió amablemente.

—Lamento su pequeño percance, señorita Beauchamp. Pero la culpa no es mía. Es de Dodó. ¿No es cierto, Dodó?

—Sí —musitó éste.

—¿Y sabe por qué, señorita Beauchamp? —Ornar se dejó caer en un sillón—. Porque no quiso confiar en mí. Tenemos con nosotros a un hombre extraordinario, pero... desconfiado. Aunque muy sensible... ¿De qué cree usted que Dodó y yo estuvimos hablando, mientras paseábamos por los jardines de mi villa? Pues, de mi asesinato. ¿Sorprendida?

Juliette tragó saliva, y miró alrededor. Los hombres de Ornar El Selim, al mando de Jeffar, ocupaban el salón y se distribuían por la casa, sin hacer el menor caso a la maleta llena de dinero.

—Si... —musitó—. Sí, sorprendida...

—Dodó e lanzó directo al asunto, diciéndome que yo le parecía mejor que Abdul. ¿Se da cuenta de la clase de hombre qué hay que ser para hacer eso, señorita Beauchamp?

—Yo... yo ya sé que... que Dodó es extraordinario...

—¿Extraordinario? —Frunció el ceño Ornar—. Es un loco. Le dije que tenía muy buena vista, que el que estaba jugando sucio era Abdul, y dijo que quería asegurarse de ello haciendo las cosas a su manera. Así que fingimos mi muerte, y cuidando muy bien de que ninguna de mis mujeres me viese muerto, pues Jeffar llegó en seguida de gritar yo en mi dormitorio... Luego, me llevaron al yate. Y allá, me he dedicado a esperar el momento oportuno, es decir, el regreso de Dodó con el dinero. Él quería convencerse de que Abdul mentía, no yo. Por eso, quiso seguir, hasta el final... De verdad: está loco. Pero; de todos modos, yo tengo el dinero, y firmare el tratado con los de... los de...

—Tontilandia —sonrió Juliette.

—Eso es. Les avisaré. Soy una persona honrada... ¿Está ya convencido de ello, Dodó?

—Sí.

—Bien... Le dejé hacer las cosas a su manera, y todo le ha salido bien. Me alegro de veras. ¡Oh, una cosa!: ¿quién le soltó a usted, para que pudiese escapar y entregarle el dinero a Abdul?

—Una de sus mujeres. No sé cuál, pero la identificaré muy

fácilmente: le clavé mis uñas en su muñeca derecha.

Ornar El Selim pareció quedar deprimido, pero se sobrepuso rápidamente.

—Le daremos su merecido —musitó—. Vamos a dar a cada cual su merecido. ¿Qué desea pedirme usted, señorita Beauchamp?

—Quiero que Dodó se quede siempre conmigo.

Ornar El Selim movió la cabeza.

—Eso no puedo decidirlo yo. Tendrá que pedirselo a él. Y usted, Dodó: ¿qué es lo que más desea?

—He encontrado dos personas que no me han engañado —dijo el pájaro repugnante—. Ya estoy pagado, Gran Emir.

—¿Sólo con eso?

—Es suficiente para mí.

—Y de todos modos —rió Juliette—, no creo que puedas ser tan desaprensivo como para pedir una villa, tres coches y un yate, Dodó. Tendrás que conformarte con tus cien mil dólares... Supongo que se los pagará usted, Gran Emir.

Ornar El Selim sonrió, y quedó silencioso. Poco después llegaba uno de sus secretarios, con el botiquín del coche, y Dodó se lo quitó de las manos y se dedicó a curar a Juliette, limpiando la sangre y colocando sobre la insignificante herida unas gasas y esparadrapo. La sentó en un sillón, mientras los hombres de Ornar salían, llevando uno de ellos la maleta, sujeta con cuerdas. En la puerta del salón esperaba Jeffar, mientras Ornar seguía sentado, pensativo. De pronto, se levantó, salió del salón..., y regresó a los pocos segundos, con uno de los fajos de billetes de mil dólares. Lo puso en las manos de Dodó.

—Para usted: un millón de dólares, Dodó.

—Mi precio fue cien mil —rechazó el exespía.

—Lo sé... Pero no puedo permitir que el jefe de mi servicio secreto en Europa viva como un pordiosero.

Quédese el millón, y cuando lo termine, le enviaré más. Naturalmente, tendrá que estar a mi servicio... Y el mejor modo de que yo lo pueda localizar en cualquier momento es que se instale en mi villa. Yo le visitaré de vez en cuando, pero entonces puede usted irse a pasar un par de semanas en París... ¿Le interesa?

—¿Cree necesario tener un servicio secreto? —sonrió Dodó.

—Creo necesario poder contar con un hombre como usted. Aquí

tiene las llaves de la villa. Éstas son las del yate...

—¿El yate?

—Se lo regalo, Dodó.

—¿Se burla de mí?

—Regresaré a Karmah en avión. También le regalo mis tres coches. Los encontrará en la villa cuando vaya allí. Denos tiempo para desalojarla.

—No me interesa nada de todo esto.

—¡Oh! Bueno, mi intención...

—A mí sí me interesa —dijo Juliette— yo acepto todo eso, Gran Emir.

—Entonces, es suyo, señorita Beauchamp. Y ahora, van a perdonarme, pero tengo muchas cosas que hacer. Comprendan que manejar cien millones de dólares no va a ser fácil.

—¿Cuándo puedo instalarme en la villa? —preguntó Juliette.

—Esta noche. De momento, nosotros vamos a necesitarla, y los coches... En fin, todo. Bien... Hasta la vista.

El pájaro repugnante y el ave del paraíso quedaron solos en la casa, pues los cadáveres de Rissal y sus amigos habían sido desalojados muy discretamente por los hombres de Ornar El Selim. Como, si nada hubiese ocurrido.

Dodó miró de reojo a Juliette.

—¿Te duele? —murmuró.

—Un poco.

—Supongo —Dodó bajó la mirada— que me salvaste la vida al ponerte entre...

—Eso quiere decir que me debes mucho, Dodó. Y no me digas una vez más que tu vida no vale nada, y todo eso. Acabas de demostrar todo lo contrario. Yo creo que te has ganado la villa, el yate y los tres coches. Eso deseabas, y eso vas a tener. ¿No estás contento?

—Es esperanzador haber conocido a un hombre como Ornar El Selim, y una mujer como tú —admitió Dodó, vacilante.

—Entonces..., ¿crees que puedes empezar de nuevo?

—No lo sé.

Juliette se puso en pie, y, conteniendo un gesto de dolor, alzó los brazos para colgarse del cuello de Dodó.

—Dodó, mi amor: sí puedes empezar de nuevo. Eres jefe de un

servicio secreto, tienes un amigo, tienes una villa, un yate, tres coches... y me tienes a mi.

—De todo lo que has mencionado, tú eres lo que menos me merezco. Pero, Beauchamp..., sí, te amo. Si realmente me has perdonado, me quedaré contigo en la villa de Ornar El Selim.

—En nuestra villa —suspiró ella—: nos la han regalado. Tenemos un millón de dólares, yate, coches..., pero, Dodó, no quiero ir allá esta noche. Me gustaría... que me dejases elegir nuestra primera escala en el viaje de luna de miel. ¿Puedo hacerlo, Dodó? ¿Puedo elegir nuestro alojamiento, para hoy?

—Sí, Beauchamp.

ÉSTE ES EL FINAL

Chip, chip, chip, chip..., se oía el dulce impacto de las gotas de lluvia en la tierra. La carretera había quedado atrás, y el coche, cerrado, fuera de ésta. También la vía había que dado atrás... No se veía nada.

Sólo se oía la lluvia en la tierra...

—Empieza a llover, Dodó. ¿Abro el paraguas?

—Querrás decir el toldo. ¿Crees que vale la pena?

—Es que me gustaría mucho.

—Pues entonces, ábrelo.

El pequeño paraguas plegable fue abierto, y las dos cabezas se cobijaron debajo, muy juntas, ahora el chip, chip, resonaba con más fuerza, en la tensa tela.

—¿Y si no encontramos la caseta? —refunfuñó Dodó.

—La encontraremos, ya lo... ¡Ay!

—¿Qué te pasa?

—Me he torcido el tobillo, Dodó.

—No digas tonterías.

—Te lo diré de otro modo. Dodó, mi amor: por favor, llévame en brazos. Por favor, Dodó.

Dodó tomó en brazos a Juliette Beauchamp, y siguió caminando por el barro. Ella sostenía el paraguas con la mano izquierda, y con el brazo derecho rodeaba el cuello del exespía, del flamante jefe de un flamante servicio secreto.

—Dodó, te quiero. ¿Y sabes cuánto tiempo hace de esto?

—No sé.

—Yo creía que hace unos meses, pero no... Te quiero desde siempre.

—Gracias, Beauchamp.

Chip, chip, chip, chip, chip...

—Dodó.

—¿Qué, Beauchamp?

—Te quiero. Y por eso, voy a pedirte que me perdones.

—¿Yo a ti?

—Sí, Dodó. Para cuando encontremos esa caseta con un montón de paja, quiero que todo esté claro entre nosotros: te mentí... No pasó nada en París, aquella noche que... que estabas borracho. Cuando me besaste, y... y caímos hacia atrás, no pasó nada... Te quedaste dormido, Dodó. Pero además, sé que de ninguna manera me habrías lastimado.

—¿Me quedé... dormido?

—Sí, Dodó. Estabas muy furioso, me besaste con rabia, pero comprendí que no querías lastimarme; lo comprendí en seguida. Yo te besé... y te quedaste dormido. Y yo me quedé allí para que creyeses que sí había ocurrido algo.

—Pero... ¿por qué hiciste eso?

—Quería... ligarte a mí, Dodó. Cuantas más cosas te uniesen a mí, mejor.

—¿Por qué?

—Porque te amo, Dodó. ¿Me perdonas?

—Te lo diré cuando encontremos esa choza.

—¿Te cansas de llevarme en brazos?

—No. Y estoy pensando que, de un modo u otro, tú también me has engañado, Beauchamp.

—Pero yo lo hice por amor. ¿No vas a perdonarme?

—Ya te he dicho que te lo diré cuando encontremos la choza.

—¿Y si no la encontramos?

—La encontraremos —aseguró el pájaro repugnante—. Si he encontrado una mujer como tú, encontraré una simple choza con paja. La encontraremos muy pronto... Tiene que estar por aquí, ya muy cerca... La encontraremos.

Chip, chip, chip, chip, chip, chip...

FIN